

# JEREMÍAS Y LAMENTACIONES

CARL FRIEDRICH KEIL

Comentario al texto hebreo del Antiguo Testamento  
por C. F. Keil y F. J. Delitzsch

**Traducción y adaptación de Xabier Pikaza**



**editorial clie**

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
<http://www.clie.es>



Publicado originalmente en alemán por Carl Friedrich Keil, bajo el título *Biblischer Kommentar über das Alte Testament. Prophetische Bücher - Teil 2/5 - Der Prophet Jeremia und die Klagelieder*, Leipzig 1872.

Traducido y adaptado por: Xabier Pikaza Ibarrodo

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447)».*

© 2017, Editorial CLIE, para esta edición en español.

---

## COMENTARIO AL TEXTO HEBREO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

**Jeremías y Lamentaciones**  
ISBN: 978-84-16845-52-1  
Depósito Legal: B 3954-2017  
Comentarios bíblicos  
Antiguo Testamento  
Referencia: 225034

---

Impreso en USA / Printed in USA

Querido lector,

Nos sentimos honrados de proporcionar este destacado comentario en español. Durante más de 150 años, la obra monumental de Keil y Delitzsch ha sido la referencia estándar de oro en el Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento es fundamental para nuestra comprensión de los propósitos de Dios en la tierra. Hay profecías y promesas, muchas de las cuales ya de han cumplido, como el nacimiento y la vida de Jesucristo, tal y como se registra en el Nuevo Testamento. Algunas se están cumpliendo ahora, mientras que otras se realizarán en el futuro.

Los autores, Keil y Delitzsch, escribiendo cuando lo hicieron, sólo podían imaginar por la fe lo que sucedería cien años después: el renacimiento de Israel como nación y el reagrupamiento del pueblo judío en la Tierra. Este milagro moderno continúa desarrollándose en nuestros días. Desde nuestra perspectiva actual podemos entender más plenamente la naturaleza eterna del pacto de Dios con su pueblo.

Según nuestro análisis, los escritos de Keil y Delitzsch parecen haber anticipado lo que vemos hoy en Tierra Santa. Donde su interpretación es menos clara, es comprensible dada la improbabilidad, desde el punto de vista natural, de que la nación hebrea renaciera y su pueblo se reuniera.

En resumen, le encomendamos este libro de referencia, solo añadiendo que lo involucramos desde la perspectiva de la realidad de lo que ahora sabemos acerca del Israel moderno. De hecho, el Señor está comenzando a levantar el velo de los ojos del pueblo judío.

Sé bendecido con el magnífico comentario de Keil y Delitzsch, ya que estamos ayudando a que esté disponible.

John y Wendy Beckett  
Elyria, Ohio, Estados Unidos



# CONTENIDO

## PROFECÍAS DE JEREMÍAS

PREFACIO (X. Pikaza) .....	xi
INTRODUCCIÓN .....	1
1. Los tiempos de Jeremías .....	1
2. La persona del profeta .....	9
<i>a. Circunstancias externas</i> .....	9
<i>b. Carácter y cualidades mentales</i> .....	15
3. El libro de las profecías de Jeremías .....	17
<i>a. Contenidos y división</i> .....	17
<i>b. Origen y compilación</i> .....	21
4. Autenticidad e integridad del texto masorético .....	25
 Jer 1	
<b>ENCABEZAMIENTO. LLAMADA Y CONSAGRACIÓN</b>	
<b>Jer 1, 4-19. Llamada y consagración de Jeremías para ser un profeta del Señor</b> .....	32
 Jer 2-22	
<b>ADVERTENCIAS GENERALES Y REPROCHES PERTENECIENTES AL TIEMPO DE JOSÍAS</b>	
<b>Introducción</b> .....	42
<b>I. Jer 2, 1-3, 5. Amor y fidelidad del Señor. Deslealtad e idolatría de Israel</b> .....	44
<b>II. Jer 3, 6-6, 30. Rechazo de Israel impenitente</b> .....	74
Jer 3, 6-4, 2. Rechazo y restauración de Israel (las diez tribus) ....	76
Jer 4, 3-31. Amenaza de juicio sobre Jerusalén y Judá .....	95
<i>Jer 4, 11-18. Descripción de la ruina inminente, de la que nada puede salvar, a no ser un rápido arrepentimiento</i> .....	101
<i>Jer 4, 19-26. Dolor por la desolación de la tierra e infatuación del pueblo</i> .....	105
Jer 5. Causas que han provocado ese juicio. Total corrupción del pueblo. ....	111
<i>Jer 5, 19-31. La calamidad que Judá está preparando para sí misma, por su obcecación y exceso de maldad</i> .....	120

Jer 6. El juicio está irrevocablemente decretado .....	124
<i>Jer 6, 1-8. El juicio que irrumpe sobre Jerusalén</i> .....	124
<i>Jer 6, 16-21. El juicio no puede evitarse acudiendo solo a sacrificios sin un cambio de corazón</i> .....	131
<i>Jer 6, 22-30. Un pueblo distante y cruel ejecutará el juicio, pues Judá, en el momento del juicio, ha mostrado que solo es un metal sin valor</i> .....	135
<b>III. Jer 7-10. Vanidad de poner la confianza en el templo</b> .....	<b>140</b>
Jer 7, 1-8, 3. Contra la falsa confianza en el templo y en el servicio sacrificial .....	141
Jer 8, 4-9, 8. Obstinación del pueblo en su maldad y carácter terrible del juicio .....	159
Jer 9, 9-15. La tierra quedará devastada, y el pueblo disperso entre las naciones.....	172
Jer 9, 16-21. Sion devastada .....	175
Jer 9, 22-10, 25. La verdadera sabiduría .....	178
<b>IV. Jer 11-13. Falta de fidelidad de Judá y consecuencias que derivan de ello</b> .....	<b>195</b>
Jer 11, 1-17. Deslealtad de Judá .....	196
Jer 11, 18–12, 17. Israel no puede reclamar nada, el duro castigo no puede ser evitado .....	203
Jer 13. Advertencias contra Judá.....	216
<b>V. Jer 14-17. La palabra sobre la sequía</b> .....	<b>228</b>
Jer 14-15. Formulaciones generales. Anuncio del juicio.....	229
Jer 16, 1-17, 4. El profeta ante la destrucción del reino de Judá.....	253
Jer 17, 5-27. Confirmación del anuncio; destrucción y salvación....	267
<b>VI. Jer 18-20. Las figuras de arcilla del alfarero y el jarro de tierra</b> .....	<b>278</b>
Jer 18. La arcilla y el alfarero, protesta del profeta contra sus adversarios.....	279
Jer 19, 1–20, 6. El jarro roto, Jeremías y Pashur .....	291
Jer 20, 7-18. Protestas del profeta por su sufrimiento .....	300
<b>JER 21-33</b>	
<b>PREDICCIONES ESPECIALES DEL JUICIO, CUMPLIDO POR LOS CALDEOS, Y DE LA SALVACIÓN MESIÁNICA</b>	
<b>I. Jer 21-29: Predicciones del juicio sobre Judá y las naciones ...</b>	<b>309</b>
Jer 21-24. Los pastores y líderes del pueblo .....	310
<i>Jer 21. La toma de Jerusalén por los caldeos</i> .....	311

<i>Jer 22-23. Condena de los reyes impíos, Joaquín y Joaquín, y promesa de un germen justo .....</i>	317
<i>Jer 24. Los dos cestos. Un signo para el futuro del pueblo de Judá .....</i>	350
Jer 25. El juicio sobre Judá y sobre todas las naciones .....	353
Jer 26. Acusación y liberación de Jeremías a causa de sus amenazas proféticas .....	371
Jer 27-28. El yugo de Babilonia sobre Judá y los pueblos del entorno .....	379
<i>Jer 27. El yugo de Babilonia.....</i>	380
<i>Jer 28. En contra del falso profeta Ananías.....</i>	388
Jer 29. Carta de Jeremías a los cautivos de Babilonia y amenaza contra sus falsos profetas .....	392
<b>II. Jer 30-33. Anuncio de liberación para todo Israel.....</b>	<b>403</b>
Jer 30-31. Liberación y condición gloriosa de Israel en el futuro .....	404
<i>Jer 30. Dios curará a Israel.....</i>	405
<i>Jer 31. Salvación para todas las familias de Israel .....</i>	415
Jer 32. La compra de un campo, símbolo de la restauración de Judá.....	444
Jer 33. Promesa renovada de la restauración y condición gloriosa del pueblo de Dios. ....	456

**JER 34-45**

**FUNCIÓN Y SUFRIMIENTO DEL PROFETA, ANTES Y  
DESPUÉS DE LA CONQUISTA Y DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN**

<b>I. Jer 34-36. Profecías proclamadas bajo Sedecías, y acontecimiento en el tiempo de Joaquín .....</b>	<b>474</b>
Jer 34. En referencia a Sedecías y a la emancipación de los esclavos, hombres y mujeres.....	474
Jer 35. El ejemplo de los recabitas .....	482
Jer 36. Anotación escrita de los discursos de Jeremías, y su lectura en el templo.....	488
<b>II. Jer 37-39. Experiencia y mensaje durante el asedio y captura de Jerusalén .....</b>	<b>500</b>
Jer 37. Jeremías predice la caída de Jerusalén .....	500
Jer 38. Jeremías en el pozo cenagoso. Última conversación con el rey .....	505
Jer 39. Toma de Jerusalén. Destino de Sedecías y Jeremías. ....	512

<b>III. Jer 40-45. Predicciones y experiencias de Jeremías tras la destrucción de Jerusalén.....</b>	<b>520</b>
Jer 40. Liberación y destino de Jeremías .....	520
Jer 41. Asesinato de Godolías .....	526
Jer 42. Palabra de Dios sobre la huída a Egipto.....	535
Jer 43. Huída a Egipto. Predicción de la conquista de Egipto .....	541
Jer 44. Advertencia contra la idolatría y amenaza de castigo.....	549
Jer 45. Promesa dirigida a Baruc.....	563

#### JER 46-51

#### PROFECÍAS CONTRA LOS PUEBLOS EXTRANJEROS

Jer 46. Sobre Egipto .....	569
Jer 47. Sobre los filisteos.....	586
Jer 48. Sobre Moab .....	592
Jer 49. Sobre Amón, Edom, Damasco, Kedar, Hazor y Elam.....	617
Jer 50-51. En contra de Babilonia .....	641

#### JER 52

#### APÉNDICE. TOMA Y DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN, DESTINO DE SEDECÍAS Y LIBERACIÓN DE JOAQUÍN

## LAMENTACIONES DE JEREMÍAS

<b>PREFACIO (X. Pikaza) .....</b>	<b>709</b>
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>713</b>
1. Nombre, contenido y divisiones del libro .....	713
2. Autor, tiempo de composición, lugar en el canon .....	716
<b>EXPOSICIÓN .....</b>	<b>729</b>
Lam 1, 1-22. Tristeza y llanto por la caída de Jerusalén y de Judá.....	729
Lam 2. Lamento por la destrucción de Jerusalén y por la desolación de Judá .....	751
Lam 3. Sufrimiento y consuelo.....	769
Lam 4. Sumisión bajo el juicio de Dios y esperanza.....	795
Lam 5. Oración al Señor por la Iglesia, que yace en miseria, pidiendo la restauración .....	809



C. F. KEIL

**PROFECÍAS DE JEREMÍAS**



# PREFACIO

Xabier Pikaza

## *1. Jeremías, un profeta*

La vida y vocación de Jeremías, cuyos oráculos se recogen, comentan y amplían en el libro de su nombre, está bien documentada. Vivió entre el siglo VII y VI a. C. Apoyó la reforma yahvista de Josías (640-609 a. C.) y sufrió después, bajo Joaquín (609-597) y Sedecías (597-586), la tragedia de las invasiones babilónicas. Pidió paz, que los judíos no se alzaran contra Babilonia, pero apenas le escucharon. Tuvo que enfrentarse con muchos enemigos, sufrió persecuciones, murió en el destierro forzado de Egipto. Nos ha dejado las más impresionantes confesiones personales de toda la tradición bíblica. Así lo muestra ya el comienzo de su libro, con el relato de su vocación:

Me vino, pues, la palabra de Yahvé, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah, ah, Señor Yahvé! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Yahvé: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Yahvé. Y extendió Yahvé su mano y tocó mi boca, y me dijo: He aquí que pongo mis palabras en tu boca mira, hoy te establezco sobre las naciones y los reinos, para arrancar y destruir, arrastrar y demoler, construir y plantar Y pronunciaré mi sentencia contra ellos (los habitantes de Jerusalén), por toda su maldad al abandonarme, pues sacrificaron a otros dioses y adoraron la obra de sus manos. Y tú cíñete los lomos: levántate y diles todo lo que yo te ordene. No tiembles ante ellos, para que no te haga temblar yo ante ellos. Mira, yo te constituyo hoy como ciudad inexpugnable, como columna de hierro y muralla de bronce frente a toda la tierra, para los reyes de Judá y sus príncipes, para los sacerdotes y el pueblo de la tierra. Lucharán contra ti, pero no te vencerán, pues yo estoy contigo para salvarte, palabra de Yahvé (Jer 1, 1-11.16-19).

Esta es una ceremonia de iniciación e investidura profética que se desarrolla entre Jeremías y Dios, en la línea de la que hallamos en Is 6, 6-7. El mismo Dios ofrece su Palabra al profeta, para que con ella realice su juicio. Es un profeta de apariencia débil, pero la Palabra de Dios se manifiesta y actúa de manera triunfadora a través de su persona. No es un sabio en técnicas de guerra o de política; no es un sociólogo que estudia los diversos elementos de conflicto de los pueblos. No es un rey, ni un hombre rico, pero saber mirar con los ojos de Dios y proclama desde Dios la gran Palabra.

Terminó la antigua teocracia de Jerusalén, cayó el templo, murieron los reyes y sacerdotes, pero la Palabra de Dios se sigue cumpliendo. En la escuela de Dios ha escuchado Jeremías la palabra y en fidelidad a Dios debe proclamarla, en un contexto muchas veces adverso. Él ha sido lo más opuesto a un guerrero, en el sentido convencional de ese término. Y, sin embargo, ha combatido a solas (o, mejor dicho, desde la palabra de Dios) contra reyes-príncipes-sacerdotes-pueblo, en un tipo de guerra más alta que se opone a las guerras de este mundo. No ha sido luchador, pero ha luchado sin cesar, en un sentido más alto, y la palabra de Dios le ha confortado, haciéndole ciudad inexpugnable, fortaleza a la que nadie logra derribar: no te vencerán.

Fue un profeta amenazado por los círculos de poder de Jerusalén que eran contrarios a su visión de paz, como indican los textos que recogen sus persecuciones, que son básicamente los siguientes: Jer 26; 19, 1-20, 6; 36; 45; 37; 28; 29; 51, 59-64; 34, 2-6; 37, 3-21; 38, 1-23; 39-44. Aquí solo destacamos cuatro de ellos.

(a) *Sermón del templo*. Apostado en el atrio del santuario, al comienzo del reinado de Joaquín (609 a. C.), el profeta exige conversión. La sombra de la guerra y el testimonio de las ruinas de Silo sirven de fondo para su amenaza. Conversión o muerte, este es el dilema que plantea el profeta. El pueblo no le escucha, la lleva al tribunal y quiere ajusticiarlo. A duras penas logra Jeremías evitar la muerte (Jer 7, 14; 26, 1-24; cf. 15, 1-15).

(b) *La jarra rota*. Han pasado algunos años y sigue la amenaza. Ante un pueblo que no quiere convertirse, Jeremías rompe una jarra y hace oír la palabra del Señor: «Del mismo modo romperé yo a este pueblo y a esta ciudad; como se rompe un cacharro de loza y no puede ya recomponerse» (Jer 19, 1-2). La respuesta del sacerdote no se hace esperar: azotan al profeta y le meten en el cepo (Jer 20, 1-2).

(c) *Prisión de Jeremías*. Pasan otros años y la *vida* del profeta, que es fiel a su palabra, sigue estando amenazada, de manera que sus menores gestos pueden interpretarse como traición contra el Estado. Un día, cuando amainaba el cerco de los babilonios contra Jerusalén (587 a. C.), Jeremías se dispone a caminar hacia Anatot, su pueblo, para regular un problema de herencia. Le acusan de pasarse al enemigo, le prenden por traidor y le encarcelan en un pozo, del que solo se libera

por la compasión de un oficial extranjero, que logra que mitiguen su condena, sacándole del pozo y encerrándole en un patio del palacio (Jer 37).

(d) *Exilado en Egipto*. Tras el desastre, sobre una tierra destrozada por la guerra y por la muerte (Jer 41), el profeta es el único que está dispuesto a trazar un nuevo camino: Dios ha cumplido su castigo; ahora comienza (puede comenzar) un proceso de reconstrucción. Pero, como antes no le habían creído, tampoco le creen tras la caída de Jerusalén, llevándole a Egipto cautivo (Jer 42-43). Así terminan las noticias de Baruc. Jeremías, el profeta, ha sido perseguido hasta el final por haber sido fiel a la Palabra.

Jeremías fue un hombre de gran lucidez interior, capaz de reflexionar sobre el sentido de su vida. De esa forma fue anotando, a modo de diario, los rasgos principales de su lucha personal, que se han conservado en una serie de pasajes que podemos llamar «confesiones». En ellas expone su debilidad como profeta perseguido, su diálogo patético con Dios, con su vacilación y miedo ante los hombres. Su misma tarea de profeta del juicio de Dios le ha ido aislando. Le fueron dejando todos. Su misma familia le abandonó: «También tus hermanos y tu familia te son desleales, también ellos te calumnian a la espalda» (Jer 12, 6). En este contexto ha proclamado algunas de las palabras más bellas e hirientes no solo de la Biblia, sino de toda la literatura de Occidente.

Nadie hasta entonces había dialogado (combatido) con Dios de esta manera: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí... ¡Maldito el día en que nací; que el día que mi madre me parió no sea bendito...! ¿Para qué salí del vientre para pasar trabajos y penas y acabar mis días derrotado?» (Jer 20, 7. 14-18). Jeremías es un profeta público al que todos juzgan y piden cuentas. «Sáname, Señor, y quedaré sano; sálvame y quedaré salvo... Ellos me repiten ¿dónde está la palabra del Señor? ¡Que se cumpla! No me hagas temblar, tú eres mi refugio en la desgracia; fracasen mis perseguidores y no yo, sientan terror ellos y no yo, haz que les llegue el día funesto, quebrántales con doble quebranto» (Jer 17, 14-18). Ha identificado la causa de Yahvé con su propia causa. Se ha puesto al servicio del mensaje de su Dios. Por eso necesita superar la prueba y pide a Dios: «Señor, acuérdate y ocúpate de mí, véngame de mis perseguidores, no me dejes perecer por tu paciencia, mira que soporto injurias por tu causa» (Jer 15, 15).

Gran parte de su sufrimiento está causado por la misma defección de las personas de su pueblo, a las que él amaba con toda intensidad. De esa forma se enfrenta la palabra de Dios, con la que el profeta se siente identificado, y la protesta de unos hombres que no quieren escucharle. Por eso, cuando se refiere a su propio dolor y a su triunfo, Jeremías se está refiriendo al dolor y al triunfo de Dios: «Pero el Señor está contigo como fiero soldado, mis perseguidores tropiezan y no me podrán; sentirán la confusión de su fracaso, un sonrojo eterno

e inolvidable. Señor de los ejércitos, examinador justo que ves las entrañas y el corazón, que yo vea cómo tomas venganza de ellos, pues a ti encomiendo mi causa. Cantad al Señor, alabad al Señor, que libró al pobre del poder de los malvados» (Jer 20, 11-13).

De esa forma descubre Jeremías la estrategia de Yahvé, que revela su presencia en medio de los pobres y perdidos. Esa certeza, y la gracia del Señor, convierte al débil profeta en muralla que se mantiene firme en medio de todos los asaltos de los hombres: «Frente a este pueblo te pondré como muralla de bronce inexpugnable; lucharán contra ti y no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte y salvarte» (Jer 15, 20). Esas palabras se dicen de un hombre que ha sido perseguido hasta el final, un hombre que no ha llegado a ver la respuesta de Dios, sino que muere en el exilio. Pero son palabras que en el fondo se han cumplido: el mensaje del profeta no ha estado nunca amordazado; él se ha mantenido fiel en el combate, ha resistido hasta el final, en lo más duro de la prueba.

Jeremías mantuvo una larga actividad en los años que preceden a la caída de Jerusalén. (a) En tiempo de Josías (640-609) impulsó la reforma yahvista y anunció la restauración del conjunto de Israel. (b) En tiempo de los últimos reyes de Judá (609-587) denunció la injusticia y la contaminación del culto, pidiendo que Jerusalén se rindiera a los babilonios, para que ciudad y templo no fueran destruidos. (c) Animó desde Jerusalén a los exilados judíos de Babilonia y, tras la destrucción final del templo (587 d. C.), fue llevado a Egipto donde murió. Es posiblemente el autor más conocido de su tiempo, un hombre cuya «biografía interior» conservamos. Así aparece ante nosotros como una verdadera persona (no como un simple personaje).

Sus oráculos (y sus memorias autobiográficas) han jugado un papel básico en la reconstrucción del judaísmo en tiempo del exilio y en los siglos siguientes. No es fácil ofrecer un esquema general del libro, pues en su redacción final se entrecruzan diversos criterios de tipo histórico y teológico, que solo podrán precisarse a través de un análisis muy concreto de los textos, como el que realiza de un modo minucioso y hondo C. F. Keil.

De un modo general podemos dividir su libro en cuatro partes, centradas en sus propios relatos autobiográficos y en la historia de sus padecimientos. Más que con sus mensajes y denuncias, Jeremías fue profeta con su propia vida, como muestra el esquema de sus oráculos: (a) *Oráculos contra Judá y Jerusalén* (Jer 1, 1-25, 38), en los que se incluyen profecías de esperanza para los israelitas del norte, en tiempo de Josías. (b) *Relatos biográficos y anuncios de salvación* (26, 1-35, 19), mezclados de forma que la misma vida de Jeremías aparece vinculada a su mensaje. (c) *Padecimientos de Jeremías* (36, 1-45, 5). Para una visión más precisa y detallada de esa división, véase el índice del libro, que he debido concretar y condensar a partir del mismo comentario de Keil.

## 2. Comentario de Keil

Carl Friedrich Keil (1807–1888), exegeta e historiador alemán, de confesión luterana, fue discípulo de W. Hensgenberg (1802-1869), autor de una valiosísima *Cristología en el Antiguo Testamento*. Fue un gran conocedor de las lenguas y de la historia bíblica, y dedicó la mejor parte de la vida a la elaboración de este *Comentario al texto hebreo del Antiguo Testamento*, concebido y escrito en colaboración con Franz Delitzsch, quien compartió su trabajo, pero que de hecho publicó solo el comentario a Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares e Isaías. Todos los restantes libros los comentó C. F. Keil, ofreciendo así una aportación inestimable y duradera al estudio del Antiguo Testamento.

C. F. Keil ha sido teólogo y exegeta tradicional, en el mejor sentido de la palabra, cristiano de confesión luterana, un creyente, convencido de la revelación de Dios a través de la Palabra que se manifiesta a través de los profetas de Israel y que culmina en Jesucristo. Como estudioso, él quiso mantenerse fiel a la Escritura, a su texto concreto, tal como ha sido acogido por la Sinagoga y por la Iglesia. Tres son las actitudes que definen su *Comentario a Jeremías*.

- a. *En primer lugar, su fidelidad a la veritas hebraica*, tal como aparece en el texto masorético transmitido por la Sinagoga. Ciertamente, él admite pequeñas variantes en el texto, debidas a las posibles equivocaciones de los copistas, pero, en general, acepta siempre el ketiv, el texto escrito, desconfiando incluso de los qeré propuestos por los mismos masoretas.
- b. *Keil piensa que el texto hebreo de Jeremías brotó del mismo profeta*, tal como actualmente se conserva, a excepción de algunas pequeñas anotaciones históricas de Baruc. Por eso se opone, en principio, a todas las teorías de los «críticos» modernos (de mediados del siglo XIX) que dividían ya el texto actual del profeta en varios estratos, algunos de ellos compuestos por discípulos, glosistas y comentaristas posteriores. En contra de ellos, C. F. Keil piensa que el libro, en su práctica totalidad, fue escrito por el mismo Jeremías.
- c. *Keil acepta solo el texto hebreo, no solo como canónico para la Sinagoga y la Iglesia, sino también como históricamente original*. Por eso, las variantes de los LXX son a su juicio no solo posteriores, sino arbitrarias, propias de personas que en general no entendieron, ni respetaron, el texto hebreo.
- d. *Keil ofrece un comentario histórico-teológico de Jeremías, fijándose sobre todo en la letra del texto hebreo*, fijado y comentado con gran precisión filológica. Ciertamente, se trata de un comentario «religioso», pero es, ante todo, un comentario filológico para personas que tienen un conocimiento básico del hebreo.

Ciertamente, ha pasado ya mucho tiempo desde la publicación de este comentario, y hay muchas cosas que pueden y deben discutirse desde una perspectiva histórico-exegética, como podrá verse por la bibliografía que adjunto al final de este prólogo. En este campo quiero poner de relieve dos anotaciones:

- *Son muchos los que piensan, desde una línea más tradicional o más moderna, que el texto actual de Jeremías contiene no solo palabras del mismo profeta en el tiempo de su vida y mensaje, sino algunos añadidos posteriores* propios de aquellos que conservaron y actualizaron la obra del profeta. Esto no va en contra de la autenticidad de su mensaje, ni de su doctrina básica, sino que nos permite situarla mejor dentro del proceso de fijación de la Escritura en su conjunto y, en concreto, dentro dentro del mismo libro de Jeremías. Evidentemente, no todos los exegetas y teólogos estarán de acuerdo en esta visión del texto, pues hay discusiones entre los entendidos. No se trata, pues, de negar ni la autenticidad básica de Jeremías, ni de rechazar su carácter canónico, sino de entenderlo de un modo más amplio.
- *Son muchos también los que, desde un punto de vista más tradicional o más crítico, tienen hoy una visión algo distinta de las diferencias y de la aportación del texto griego de los LXX* para comprender no solo la obra de Jeremías, sino su pervivencia en la tradición bíblica de Israel y de la Iglesia cristiana. No hace falta llegar a la postura de aquellos que afirman que tenemos dos libros distintos de Jeremías (uno el de los LXX y otro el texto masorético hebreo). Pero son muchos los exegetas y teólogos, incluso muy tradicionales, que afirman que el texto griego de los LXX recoge una tradición textual algo distinta a la de texto masorético, sin negar por principio su autenticidad y sus aportaciones, como hace Keil.

Dicho eso, y marcados estos dos puntos de discusión que siguen abiertos, debemos confesar que la obra de Keil, tal como él la concibió y escribió hace casi siglo y medio, no ha perdido de su actualidad; más aún, sigue estando llena de aportaciones muy valiosas para el conocimiento de la historia y el texto de Jeremías. El libro original fue publicado el año 1872 con el título *Biblischer Kommentar über das Alte Testament. Prophetische Bücher - Teil 2/5 - Der Prophet Jeremia und die Klagelieder*, Leipzig 1872. Pues bien, pasado casi siglo y medio, ese texto no solo conserva una gran actualidad, sino que sigue siendo imprescindible para el conocimiento del mensaje de Jeremías y de su sentido originario, en lengua hebrea.

No conozco ningún libro mejor, en esa línea, por su agudeza filológica, por su claridad y coherencia. Por eso debo recomendarlo para aquellos que quieran conocer por dentro a Jeremías. Digo *por dentro*, penetrando en su texto, es decir, en su mismo proceso productivo. El lector no especializado empezará sintiendo



algo de dificultad al entrar en su lectura, pero después, cuando se acostumbre al estilo de C. F. Keil, descubrirá no solo que el texto de Jeremías es un tesoro profético de revelación, un libro impresionante de historia, sino que el comentario de C. F. Keil responde con creces a la riqueza de ese tesoro.

Con ese convencimiento, he traducido y adaptado el texto, queriendo ser lo más fiel posible al original, aunque facilitando en lo posible su lectura. No hay edición crítica ni actualizada del texto, por lo que he tenido que traducir el libro a partir del original de 1872, a partir del cual se han hecho las reproducciones posteriores, teniendo en cuenta las aportaciones de la traducción inglesa de D. Patrick, *Commentary on the Old Testament. Jeremiah. Lamentations*, Hendrickson, Grand Rapids MI 1986, que me ha orientado para la división de párrafos, que en el original alemán son tan largos que hacen casi imposible una lectura sosegada del texto. En esa línea, me he permitido introducir las siguientes novedades, que no van en modo alguno en contra de la obra de C. F. Keil, sino todo lo contrario, pues ellas nos ayudan a entenderla con más facilidad:

- Divido el texto en secciones más pequeñas, y al comienzo de cada una de ellas introduzco *el texto masorético*, conforme a la *Biblia Hebraica Stuttgartensia*, 4ª edición, actualizada por W. Rudolph y H. P. Rüger (1998). El comentario de C. F. Keil ha ayudado a establecer el texto de Jeremías y, sobre todo, a entenderlo. Pero no había en su tiempo una edición universalmente aceptada del texto, como es la que hoy ofrece la BHS, aceptada en general por estudiosos de todas las confesiones cristianas, y por los mismos judíos. Desde esa edición retomo las citas hebreas del comentario.
- *Como traducción básica recojo la de la Reina-Valera* (edición año 1995), por ser la más conocida entre los lectores evangélicos de lengua castellana, actualizándola o adaptándola cuando lo juzgo necesario, a partir del texto alemán de C. F. Keil, conforme a su comentario. Sigo ofreciendo, por tanto, un comentario al texto hebreo; pero como orientación para los lectores he querido que vaya acompañado por una traducción castellana de gran autoridad en las iglesias. El mismo C. F. Keil dialoga sin cesar con la traducción alejandrina (de los LXX) y con la Vulgata de Jerónimo, que ha sido por siglos el texto bíblico oficial de las iglesias de lengua latina, hasta la traducción de Lutero, con la que también dialoga C. F. Keil, ofreciendo así un verdadero comentario ecuménico, judeo-cristiano, del texto de Jeremías (y de Lamentaciones).
- *Ofrezco de esa forma una edición de estudio*, para ayuda de investigadores, predicadores de la Palabra y amigos de la Biblia. No se trata una traducción y edición crítica, pues no he querido ni podido confrontar todas sus fuentes con las citas y las referencias bibliográficas, pues ello

implicaría la elaboración de una obra nueva, cosa que no se ha hecho (ni previsiblemente se hará) ni en alemán ni en inglés. A pesar de ello he procurado compulsar los textos de referencia que él utiliza, en la medida de lo posible, pues muchas de las obras que él cita y comenta son difíciles de encontrar hoy día, a no ser en las bibliotecas universitarias del ámbito cultural germano.

En esa última línea, en los casos de más importancia he querido completar o precisar el origen y edición de los autores más significativos que él utiliza, empezando por los clásicos, de Heródoto a Flavio Josefo, por poner dos ejemplos más utilizados. En esa línea se sitúan las referencias bio-bibliográficas que siguen, empezando por las abreviaturas principales, siguiendo por los comentaristas antiguos, por los modernos anteriores a C. F. Keil y por algunos posteriores, que nos ayudarán a situar la vida y obra de Jeremías y el comentario de Keil.

### *Abreviaturas*

Cito solo algunas más usadas, que nos permitirán entender mejor el comentario, facilitando así una lectura que en el original alemán del año 1872 resulta muy compleja.

Aq.	Traducción griega de la Biblia realizada por Áquila, siglo II d. C.
Cald, Chald	Traducción caldeo/aramea de la Biblia, siglos IV-VI d. C. (suele llamarse Peshitta)
Com	Comentarios de Keil-Delitzsch al conjunto de libros de la Biblia
Ketiv	Texto escrito de la Biblia, que los masoretas consideran dudoso. Cf. Qere
LXX	Traducción alexandrina de la Biblia Hebrea, siglos III-II a. C.
Qere	«Lo que ha de leerse»: lectura que algunos masoretas proponen para el ketiv
Sym, Sim	Traducción griega de la Biblia Hebrea realizada por Símaco, siglo II a. C.
Syr.	Lengua siro/aramea. Suele referirse también a la traducción Cald.
Targ, Targum	Traducción y adaptación aramea de la Biblia, desde el siglo I d. C.
Vulg	Traducción latina de la Biblia realizada por Jerónimo

### *Comentaristas, autores y obras clásicas en torno a la Biblia*

C. F. Keil quiere ser un autor abierto a las diversas tradiciones de la iglesia antigua y de la moderna. Conoce bien a los autores judíos antiguos, con algunos padres de

la iglesia, entre los que destaca Jerónimo. Especial importancia tienen en su obra los reformadores protestantes, a quienes intenta seguir en lo posible.

Abravanel	Comentarista judío de origen portugués, del siglo XV (1437-1508)
Abulfeda	Historiador y geógrafo musulmán de origen sirio (1273-1331)
Calov (ius)	(1612-1686) teólogo de origen polaco, defensor de la ortodoxia luterana
Calvino	Reformador cristiano, comentarista bíblico (1509-1564)
Jerónimo	Traductor y comentarista de la Biblia (cf. Vulgata) de origen latino (327-420)
Kimchi, D.	Rabino judío, comentarista medieval de la Biblia (1160-1235) y
Kimchi, J.	Hijo del anterior, también rabino y estudioso judío de la Biblia
Lutero	Reformador cristiano, traductor de la Biblia al alemán (1483-1546)
Onomasticon	Obra de Eusebio de Cesarea, obispo cristiano del s. IV d. C., donde fija lugares bíblicos
Rashi	Nombre acrónimo de <b>R</b> Abbi <b>S</b> Hlomo <b>I</b> tzhaki). Comentarista de la Biblia (1040-1105)
Saad	Saadia Gaón (882-942), gramático y estudioso judío de origen egipcio
Teodoreto	Obispo de Cirro (Siria), comentarista de la Biblia
Zuinglio	Reformador cristiano del siglo XVI, comentarista de la Biblia (1484-1531)

### *Comentaristas modernos citados por C. F. Keil (algunos más significativos)*

Keil es un autor que se encuentra inserto en la gran disputa bíblica de mediados del siglo XIX. Conoce bien las nuevas tendencias de la crítica bíblica, pero se opone en principio a todas ellas para mantener de esa manera lo que a su juicio es la «ortodoxia» protestante, centrada en una inspiración literal de la Biblia.

Bochart, S.	Erudito alemán (1599-1667), autor de <i>Hierozoicon, sive De animalibus S. Scripturae</i>
Böttcher, F.	Autor de <i>Ausführliches Lehrbuch der hebräischen Sprache</i> 1868
Cocceius, J.	(1603-1669), biblista germano-holandés, defensor de una teología de la alianza

## Prefacio

- Eichhorn, J. G. (1752-1827), exegeta y orientalista, defensor de una lectura crítica de la Biblia
- Ewald, G. (1803-1875), orientalista y teólogo, autor de una obra clave sobre los profetas, *Die Propheten des Alten Bundes* (1840). Cf. *Die Dichter des Alten Bundes*, 1863
- Delitzsch, F. (1813-1890), biblista alemán, coautor del comentario de C. F. Keil
- Gesenius, W. (1786-1842), orientalista alemán, autor de los mejores estudios sobre el hebreo. La obra de referencia, citada en este comentario, es *Thesaurus philologico-criticus linguae Hebraicae et Chaldaicae V. T.*, 1835
- Graf, K. H. Autor de un comentario básico: *Der Prophet Jeremia*, Leipzig 1862
- Grocio, H. (Grotius) (1583-1645), jurista y teólogo holandés, autor un comentario al AT
- Hitzig, F. (1807-1875), orientalista y exegeta alemán, autor de un comentario a Jeremías
- Wetzstein, J. G. Viajero y erudito alemán, autor de *Reisebericht über Hauran und die Trachonen*, 1860
- Lange, J. P. (1802-1884), su obra *Theologisch-homiletisches Bibelwerk*, 1857, influye en Keil
- Nägelsbach, B. Autor de una influyente obra titulada: *Der Prophet Jeremias und Babylon* (1850)
- Olshaus, J. Orientalista alemán, autor de una gramática hebrea (1861)
- Rosenmüller, E. (1768-1835), teólogo y orientalista alemán. Máximo conocer de la cultura bíblica
- Seetzen, J. (1767-1811), explorador y geógrafo de Palestina y su entorno

Para situar la obra de C. F. Keil dentro de su contexto histórico-teológico, será bueno consultar algunos comentarios posteriores sobre Jeremías, insistiendo de un modo especial en su sentido literal y en las relaciones entre el texto hebreo y el griego de los LXX. Por el mismo título y tema de los libros que siguen, el lector interesado podrá ver que los asuntos de fondo (relación del texto masorético con los LXX, unidad del libro...) no han sido definitivamente resueltos por C. F. Keil. Pero sus aportaciones siguen

siendo extraordinariamente valiosas, y pueden y deben ser reconsideradas. Entre las obras importantes, cf.:

- Alonso Schökel, L. y J. L. Sicre, *Profetas I*, Cristiandad, Madrid 1980, 399-653.
- Briend, J., *El libro de Jeremías*, Verbo Divino, Estella 1983.
- Brius, J., *Jeremiah*, Doubleday & Co., Nueva York 1965.
- Duhm, E., *Das Buch Jeremia*, KHC 11, Tübingen 1901.
- Erbt, V., *Jeremia und seine Zeit*, Vandenhoeck, Göttingen 1902.
- García Cordero, M., *Jeremías*, en *Biblia comentada III*, Madrid 1967, 393-713.
- Kraus, H. J., *Prophetie in der Krisis. Studien zu Texten aus dem Buch Jeremia*, Neukirchener Verlag, Neukirchen 1964.
- Lamparter, H., *Prophet wider Willen. Der Prophet Jeremia*, Calwer Verlag, Stuttgart 1964.
- Rudolph, W., *Jeremia*, HAT, Tübingen 1968.
- Scholz, A., *Der masoretische Text und die Septuagintaübersetzung des Buches, Jeremias*, Manz, Regensburg 1875.
- Soderlund, S., *The Greek Text of Jeremiah a Revised Hypothesis*, JSOT 47, Sheffield 1985.
- Stipp, H. J., *Das Masoretische Und Alexandrinische Sondergut des Jeremiabuches*, Orbis Biblicus Et Orientalis, 136. Freiburg 1994.
- Streane, A. V., *The Double Text of Jeremiah (Massoretic and Alexandrian) Compared*, Bell, Cambridge 1896.
- Stulman, L., *Bible: The other text of Jeremiah a reconstruction of the Hebrew text underlying the Greek version of the prose sections of Jeremiah*, UPA, Lanham MD 1985.
- Thomson, J. D., *A critical concordance to the Septuagint Jeremiah*, The Computer Bible, BRA 2000.
- Volz, P., *Der Prophet Jeremia*, Deichertsche V., Leipzig-Erlangen 1922.
- Weiser, A., *Das Buch des Propheten Jeremia*, Vandenhoeck & R., Göttingen 1955.
- Workman, G. C., *The Text of Jeremiah*, Clark, Edinburgh 1889.
- Ziegler, J., *Beiträge Zur Ieremias-Septuaginta*, Vandenhoeck, Göttingen 1958.

Xabier Pikaza



# INTRODUCCIÓN

## 1. Los tiempos de Jeremías

El año trece del reinado de Josías, el 629 a. C., Jeremías fue llamado para ser profeta. En aquel tiempo, el reino de Judá gozaba de una paz duradera. Desde la destrucción milagrosa del ejército de Senaquerib, ante las puertas de Jerusalén, el año catorce del reinado de Ezequías (el 714 a. C.), Judá no había tenido que temer ya mucho del poder imperial de Asiria. La derrota que sufrió ante Jerusalén, precisamente a los ocho años de la destrucción del reino de Israel, había aplastado de un modo terrible el poder del gran imperio.

Solo unos años después de aquel desastre, bajo la dirección de Deioces, los medos lograron independizarse de Asiria; y también los babilonios, aunque volvieron a ser sometidos poco después, se rebelaron contra Senaquerib. Ciertamente, Asaardón, hijo y sucesor enérgico de Senaquerib, consiguió restablecer por un tiempo el trono vacilante. Así logro que Babilonia, Elam, Susa y Persia mantuvieran su lealtad al imperio de Asiria; por otra parte, él restauró la autoridad del imperio en las provincias occidentales, logrando que la Siria Inferior (los distritos de Siria que estaban en la costa del mar) se mantuvieran bajo el yugo asirio. Pero los gobernantes que le sucedieron (Samuges y Sardanápalo II) fueron totalmente incapaces de ofrecer una resistencia eficaz frente al poder creciente de los medos, ni pudieron frenar el creciente declive del que había sido antes un poderoso imperio. Cf. M. Duncker, *Gesch. des Alterth*, Berlín 1988, 707 ss.

Bajo Asaardón, un ejército asirio que merodeaba por la zona logró hacer una entrada en Judá y llevó cautivo al rey Manasés a Babilonia. Pero, bajo circunstancias que no conocemos, Manasés volvió a conseguir la libertad, y se le permitió retornar a Jerusalén y retomar su trono (2 Cron 33, 11-13). Desde ese momento en adelante, los asirios no aparecieron más en Judá. Por otra parte, parecía que Judá no tenía que temer ya ningún peligro de parte de Egipto, el gran imperio del sur, porque el poder de los faraones se hallaba muy debilitado por discordias intestinas y guerra civiles.

Ciertamente, después de haber derribado la dodecarquía anterior, Psamético comenzó a elevar una vez más la cabeza de Egipto entre las naciones, y a extender su influjo más allá de las fronteras de su país, pero conocemos bien el poco éxito que tuvo esta expansión de los egipcios, pues, conforme dice Heródoto (II, 157), ellos solo pudieron conquistar Asdod tras veintinueve años de asedio. Aún en el caso de que atribuyamos con Duncker la duración aquí mencionada al tiempo completo de la guerra de Egipto contra los filisteos, podemos afirmar con toda claridad que Egipto no había recuperado el poder que antes tenía de amenazar al reino de Judá y de destruirlo en el caso de que Judá se entregara fielmente en manos del Señor su Dios, buscando en él su fuerza. Pero, desafortunadamente, Judá fue totalmente incapaz de ponerse así en manos de Dios, a pesar de todo el celo que mostrara mientras tanto el piadoso rey Josías, procurando asegurar para su reino ese fundamento elemental divino de su fuerza.

En el año octavo de su reino, cuando él era aún joven, es decir, cuando solo tenías dieciséis años de edad, Josías comenzó a buscar al Dios de su padre David, y en el año doce de su reinado comenzó a purificar a Judá y Jerusalén, destruyendo los lugares alto y los signos de Astarté y la imágenes talladas y fundidas (2 Cron 34, 3). Él llevó adelante, sin pausa ni cansancio, su obra de reforma de la religión pública, hasta que logró erradicar toda señal pública de idolatría, y restituyó la adoración fiel de Yahvé.

En el año dieciocho de su reinado, con ocasión de algunas reparaciones en el templo, se encontró allí el libro de la Ley de Moisés, y fue llevado y leído ante el rey. Profundamente conmovido por las maldiciones con las que allí se amenazaba a los transgresores de la ley, Josías renovó solemnemente el pacto con el Señor, en unión con los ancianos de Judá y con el mismo pueblo. A fin de ratificar la renovación de la alianza, él instituyó una pascua a la que invitó no solo a todo Judá, sino también a todos los restos de las diez tribus que habían quedado en la tierra de Israel (2 Rey 22,3-23, 24; 2 Cron 34,4- 35,19).

2 Rey 23-25 ofrece sobre Josías un buen testimonio, diciendo que antes que él no había habido ningún rey que se hubiera convertido a Yahvé con todo su corazón, con toda su alma y con todo su poder, conforme a toda la Ley de Moisés. Y, sin embargo, este, que fue el más piadoso de todos los reyes de Judá, fue incapaz de curar la infamia que Manasés y Amón, sus predecesores, habían causado con sus gobiernos malvados, de manera que no pudo destruir los gérmenes de corrupción espiritual y moral que iban a llevar inexorablemente a la ruina del reino. De esa forma el relato del reinado de Josías y de sus esfuerzos por renovar la adoración de Yahvé concluye así en 2 Rey 23, 26: «A pesar de todo eso, el Señor no aplacó su furor contra Judá, a causa de todas las provocaciones con las que Manasés le había provocado. Y Yahvé dijo: También Judá será apartada de mi presencia, como hice con Israel; y repudiaré a esta ciudad de Jerusalén, que yo había escogido, y al templo del que yo había dicho: Allí habitará mi nombre».



El reino de Israel había caído bajo una ruina total a consecuencia de su apostasía del Señor su Dios, y por razón del culto de los becerros sagrados que habían sido establecidos por Jeroboam, el fundador del reino, un culto al que se vincularon por motivos políticos todos sus sucesores. También la historia de Judá puede condensarse en una alternancia perpetua entre la apostasía (abandono del Señor) y el retorno hacia él.

Ya en tiempos tan antiguos como los del rey Acaz, de tendencia paganzante, la idolatría había crecido, tomando un poder casi ilimitado; y a pesar (o por razón) de la política anti-teocratica de este rey malvado, Judá fue cayendo en una situación de dependencia respecto de Asiria. También los de Judá habrían compartido el destino del reino hermano de Israel, a no ser que el ascenso al trono de Ezequías, el hijo piadoso de Acaz, hubiera iniciado un retorno a la fidelidad del pacto con Dios.

La reforma que inauguró Ezequías no solo evitó la ruina amenazante, sino que transformó esta ruina en una liberación gloriosa, tal como Israel no la había experimentado desde el éxodo de Egipto. La maravillosa derrota del gran ejército asirio a las puertas de Jerusalén, conseguida por el ángel del Señor en una noche por medio de la peste, ofreció un testimonio claro de que, a pesar de su pequeñez y de su poquísima fuerza terrena, el reino de Judá podría ser capaz de mantenerse independiente, en contra de todos los ataques del gran imperio, siempre que los judíos fueran fieles a la alianza con Dios y confiaran solo en la ayuda del Omnipotente.

Pero el arrepentimiento y la fidelidad al Dios fiel y todopoderoso de la alianza apenas duró hasta la muerte de Ezequías. El partido pagano ganó de nuevo la supremacía bajo Manasés, el hijo de Ezequías, que ascendió al trono cuando tenía doce años, y la idolatría, que nunca había sido totalmente suprimida, rompió y creció otra vez, y de esa forma se mantuvo durante los cincuenta y cinco años de reinado de este, que fue el más impío de todos los reyes de Israel, alcanzando en Judá una fuerza que nunca antes había tenido.

Manasés no solo restauró los lugares sagrados de los altos (colinas, montañas) y los altares de Baal que su padre había destruido, sino que edificó altares a todo el ejército de los cielos en los dos patios del templo, y llegó incluso a erigir una imagen de Ashera en la Casa del Señor. Sacrificó a su hijo a Moloc, practicó la brujería y la hechicería incluso más que lo que habían hecho los amoritas, y a través de sus ídolos sedujo a todo Israel para que pecara. Más aún, condenando a muerte a los profetas y santos que se resistieron a sus engaños impíos, él derramó mucha sangre inocente, de tal forma que llenó Jerusalén con ella, de un extremo hasta el otro (2 Rey 21,1-16; 2 Cron 33,1-10).

Ciertamente, se humilló ante Dios cuando fue llevado en cautividad a Babilonia, y así, en un primer momento, tras su vuelta a Jerusalén, retomando de nuevo el trono, expulsó las imágenes idólatricas del templo (2 Cron 33, 11.15).

Pero ello acabó pronto, y apenas dejó huellas, de manera que Amón, su hijo impío, no hizo más que continuar los pecados de su padre, multiplicando su culpa (2 Rey 21, 19-23; 33, 21-23). Así quedó de tal forma destruida la fuerza espiritual y moral de Judá que no se pudo ya pensar que pudiera darse a la larga una conversión consecuente del pueblo al Señor y a su Ley.

Según eso, el pío rey Josías, a través de su reforma, no hizo más que suprimir los aspectos más groseros de la adoración de los ídolos, restaurando de un modo formal los servicios cúltricos del templo. Pero él no pudo superar el alejamiento de Dios del corazón del pueblo, ni vencer con algún éxito aquella corrupción moral que constituía el resultado del hecho de que los corazones habían olvidado al Dios viviente. De esa forma, incluso después de la reforma del culto público realizada por Josías, escuchamos esta lamentación de Jeremías:

Porque tantas como fueron tus ciudades, Judá, tantos han sido tus dioses... Y tantas como han sido tus calles, Jerusalén, tantos han sido los altares que has construido para tu ignominia, altares para ofrecer incienso a Baal (cf. Jer 2, 28; 11, 13).

Y la impiedad aparecía y triunfaba de esa manera en todos los estamentos y grupos sociales del pueblo de Jerusalén y de Judá:

Recorred las calles de Jerusalén, mirad ahora e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis un solo hombre, si hay alguno que practique la justicia, que busque la verdad, y yo lo perdonaré. Aunque digan: Vive Yahvé, juran en falso. Yahvé, ¿no miran tus ojos la verdad? Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, y no quisieron convertirse. Entonces yo dije: Ciertamente, estos son pobres, han enloquecido pues no conocen el camino de Yahvé, el juicio de su Dios. Iré a los grandes y les hablaré, porque ellos conocen el camino de Yahvé, el juicio de su Dios. ¡Pero ellos también quebraron el yugo, rompieron las coyundas! (Jer 5,1-5).

Pequeños y grandes, todos son avarientos de dinero; profeta y sacerdotes usan engaños (Jer 6, 13). Siendo esta la condición espiritual del pueblo, no puede causarnos maravilla el hecho de que inmediatamente después de la muerte de Josías volviera a extenderse de nuevo la más descarada apostasía, tanto en forma de idolatría pública como de injusticia y pecado de todo tipo. Joaquín hizo lo que era malo a los ojos de Yahvé, igual que lo habían hecho sus antepasados (2 Rey 23, 37; 36, 6). Sus ojos y su corazón no tenían otro objetivo que la ganancia, el derramamiento de sangre inocente y el deseo de opresión y la violencia, para así triunfar (cf. Jer 22, 17).

Y sus sucesores al trono, tanto su hijo Joaquín como su hermano Sedecías, siguieron sus pasos (2 Rey 24,5. 19; 2 Cron 36, 9.12), aunque Sedecías no tuvo la energía de Joaquín para realizar por sí mismo el mal, sino que fue dominado por aquellos que estaban a su alrededor. A causa de la insistencia de Judá en rebelarse contra Dios y contra su Ley, el Señor no abandonó su gran ira, sino que realizó el

anuncio amenazador que había dirigido en contra del rey y del pueblo a través de la profetisa Hulda, a la que Josías mandó para que le consultaran lo relacionado con él y con el pueblo, y por todo Judá, en relación con las palabras del libro de la Ley recién descubierto:

Así dijo Yahvé: Voy a traer sobre este lugar, y sobre sus habitantes, todo el mal de que habla este libro que ha leído el rey de Judá, por cuanto me abandonaron a mí y quemaron incienso a dioses ajenos, provocando mi ira con toda la obra de sus manos. Mi ira se ha encendido contra este lugar, y no se apagará (2 Rey 22, 16).

Este mal comenzó a caer sobre el reino en los días de Joaquim. Josías no vería su llegada, porque cuando él escuchó las maldiciones de la Ley, se humilló a sí mismo ante el Señor, rasgó sus vestiduras y lloró ante él; entonces el Señor le prometió que él se reuniría con sus padres en paz, de manera que sus ojos no verían el mal que Dios iba a traer sobre Jerusalén (2 Rey 22, 19). Y Dios cumplió esta promesa, aunque aquellos que iban a ejecutar la recta justicia de Dios estaban ya preparados, y aunque al final de su reinado las nubes tormentosas del juicio estaban reuniéndose ominosamente sobre Judá.

Mientras Josías estaba impulsando la reforma del culto público en Judá, en Asia central habían tenido lugar algunos acontecimientos que estaban conduciendo a la caída del imperio asirio. Sardanápalo Segundo, el hijo más joven de Asaadón, había sido sucedido en el año 626 a. C por su hijo Saracus. Tras el avance victorioso de los medos, bajo el mando de Ciaxares, su dominio se había reducido al núcleo central del imperio: Asiria, Mesopotamia, Babilonia y Cilicia. Según parece más probable, para lograr que Babilonia siguiera siendo parte del imperio asirio, Saraco nombró a Nabopolasar, que era babilonio de nacimiento y que procedía de un clan caldeo, como gobernador de aquella provincia. Este Nabopolasar encontró la ocasión de engrandecerse a sí mismo durante una guerra que hubo entre los medos y los lidios. El 30 de septiembre del 610 a. C. hubo un eclipse de sol mientras se estaba decidiendo la batalla. Llenos de terror, ambos ejércitos abandonaron la lucha. En ese momento, apoyado por Syennensis, que era gobernador de Cilicia bajo supremacía asiria, Nabopolasar aprovechó la ocasión favorable que aquel acontecimiento (el eclipse) había producido en ambos campamentos para negociar una paz entre los dos pueblos enfrentados, y para fundar una coalición entre Babilonia y Media en contra de Asiria.

Para confirmar esta alianza, la hija de Cyaxares, Amytis, fue entregada en matrimonio a Nabucodonosor, el hijo de Nabopolasar; y así comenzó muy pronto la guerra contra Asiria, con un avance de los ejércitos de los medos y de los babilonios en contra de Nínive en la primavera del 609. Habían empleado ya dos años en el asedio de la ciudad que parecía inexpugnable, y habían perdido dos batallas, pero después lograrían triunfar en un ataque nocturno, poniendo en huida a los asirios y persiguiendo a los fugitivos hasta las murallas de la ciudad.

Las fortificaciones de la ciudad podrían haber resistido por mucho tiempo a los asaltantes, pero el tercer año del asedio una gran crecida del río Tigris derribó una parte de las murallas que se hallaban cerca del río, y de esa manera los asaltantes pudieron entrar en la ciudad y la tomaron, reduciéndola a cenizas.

La caída de Nínive en el año 607 puso fin al imperio de los asirios, y cuando los conquistadores se pusieron a distribuir su rico botín, todas las tierras que quedaban al oeste del Trigris cayeron bajo el dominio de Nabopolasar de Babilonia. Pero los egipcios se opusieron al hecho de que Nabopolasar de Babilonia ocupara las tierras que caían al oeste del Tigris. Por su parte, antes de la campaña de los aliados, medos y babilonios, contra Nínive, el faraón Necao, el hijo belicoso de Psamético, había entrado con su ejército en Palestina, acampando al parecer en la bahía de Acco, intentando llegar hasta el Éufrates para defender a Asiria, que había sido el enemigo ancestral de Egipto.

Para oponerse a su avance, el rey Josías de Judá marchó en contra de los egipcios, temiendo, con buenas razones, que si Siria caía bajo el poder de Necao no se podría retomar de verdad la independencia de Judá como reino. La batalla tuvo lugar en la llanura cerca de Meggido. El ejército judío fue vencido, y Josías quedó mortalmente herido, de manera que falleció en su camino de vuelta hacia Jerusalén (2 Rey 23, 29; 2 Cron 35, 20.). En su lugar, el pueblo de la tierra elevó sobre el trono a su segundo hijo, llamado Jeocaz. Pero el faraón vino a Jerusalén, hizo prisionero a Jeocaz y le llevó a Egipto (donde terminó sus días en el cautiverio), impuso una multa al país y eligió a Eliakín, el hijo mayor de Josías, como rey vasallo, con el nombre de Joaquim (2 Rey 23, 30-35; 2 Cron 36, 1-4).

Inmediatamente después, Necao continuó su marcha a través de Siria, donde sometió bajo su autoridad a las provincias occidentales del imperio de Asiria, y había penetrado ya hasta la ciudad fortificada de Carquemis (*Kirkesion*), sobre el Éufrates, cuando Nínive cayó bajo el ataque unido de los medos y babilonios. Inmediatamente después de la destrucción del imperio asirio, Nabopolasar, que era ya un hombre mayor, incapaz de soportar las fatigas de una nueva campaña militar, confió el mando del ejército a su vigoroso hijo Nabucodonosor, a fin de que pudiera dirigir la guerra contra el faraón Necao, tomando así de manos de los egipcios las provincias que ellos habían tomado para sí mismos (cf. Beroso, *Fragmenta.*, citado en Josefo, *Ant. X.* 11. 1, y c. *Ap.* i. 19).

El año 607, el tercero del reinado de Joaquim, Nabucodonosor puso en marcha el ejército que se le había confiado, y al año siguiente (el cuarto del reinado de Joaquim, el 606 a. C.) derrotó al faraón Necao en Carquemis, junto al Éufrates. Persiguiendo al enemigo, que estaba huyendo, él fue avanzando de un modo irresistible hacia las tierras de Siria y Palestina. Ese mismo año tomó Jerusalén, puso bajo su custodia a Joaquim y llevó consigo a Babilonia cierto número de jóvenes del más alto rango, entre ellos al joven Daniel, con una parte de los utensilios del templo (2 Rey 24, 1; 2 Cron 36, 6; Dan 1, 1). En su avance, había

penetrado hasta las fronteras de Egipto cuando le llegó la noticia de la muerte de su padre Nabopolasar en Babilonia.

A consecuencia de esta noticia, él se apresuró a llegar a Babilonia a través del camino más corto, cruzando el desierto con unos pocos auxiliares, con la intención de sentarse sobre el trono y tomar las riendas del gobierno. Mientras tanto, él hizo que su ejército le siguiera lentamente, con los prisioneros y el botín (Beroso, *l. c.*).

Según eso, la primera toma de Jerusalén por Nabucodonosor constituye el comienzo de los setenta años del cautiverio caldeo, profetizado por Jeremías en Jer 25, 11, poco antes de que los babilonios invadieran Judá en el cuarto año de Joaquim. Y con este sometimiento de Judá a la supremacía de Nabucodonosor comenzó la disolución del reino.

Joaquim permaneció sometido por tres años al rey de Babilonia; pero el cuarto se rebeló contra él. Nabucodonosor, quien se hallaba ocupado en el interior de Asia con el cuerpo principal del ejército, no perdió tiempo y envió contra el país rebelde las fuerzas caldeas que se hallaban cerca de la frontera, unidas a contingentes de sirios, moabitas y amonitas. Y estas tropas devastaron Judá durante el resto del reinado de Joaquim (2 Rey 24, 1-2).

Pues bien, inmediatamente después de la muerte de Joaquim, precisamente cuando su hijo Joaquín había ascendido al trono, los generales de Nabucodonosor avanzaron contra Jerusalén con un gran ejército y atacaron a la ciudad, respondiendo así a la rebelión anterior de Joaquim. Durante el asedio, Nabucodonosor se unió al ejército. El nuevo rey, Joaquín, viendo la imposibilidad de seguir manteniendo la ciudad en contra de los sitiadores, decidió ir al encuentro del rey de Babilonia, tomando con él a la reina madre (la *gebryra*), que era la princesa del reino, y los oficiales de la corte, rindiéndose así de un modo incondicional él mismo y la ciudad.

Nabucodonosor tomó prisionero al rey y a su cortejo y, después de haber saqueado los tesoros del palacio real y del templo, llevó cautivo al rey a Babilonia con los hombres importantes del país, con los soldados, los herreros y los artesanos, en breve, con todos los hombres que en Jerusalén fueran capaces de llevar armas. Él dejó en la tierra solo a la clase más pobre del pueblo, de la que no se podía temer ningún intento de insurrección. Y después, habiendo exigido a Matanías, tío del rey cautivo, un juramento de fidelidad, le instaló como rey vasallo, con el nombre de Secedías, sobre una tierra a la que se le había privado de todo lo que fuera poderoso y noble entre sus ciudadanos (2 Rey 24, 8-17; 2 Cron 36, 10).

Pero tampoco Secedías se mantuvo fiel al juramento de vasallaje que había jurado y prometido al rey de Babilonia. En el año cuarto de su reinado aparecieron en Jerusalén embajadores de los estados vecinos de Edom, Amón, Moab, Tiro y Sidón, queriendo organizar una vasta coalición en contra de la supremacía caldea (Jer 27, 3; 28, 1). Ciertamente, su misión no tuvo éxito, porque Jeremías rebatió la esperanza de aquellos que aguardaban un rápido retorno de los exilados de

Babilonia, repitiéndoles la enfática declaración de que el cautiverio de Babilonia había de durar setenta años (Jer 27-29).

En ese mismo año Sedecías visitó Babilonia, aparentemente con la intención de asegurar su lealtad feudal al gran soberano, pero en el fondo con la finalidad de engañarle a él y de rechazar sus proyectos (Jer 51, 59). Pues bien, en el noveno año de Sedecías, Hofra, el nieto de Neco, logró asumir la corona de Egipto, y cuando él se estaba armando para la guerra contra Babilonia, Sedecías, confiando en la ayuda de Egipto (cf. Ez 17, 15), rompió el juramento de vasallaje que había jurado, e intentó liberarse del yugo babilonio.

Pero de inmediato marchó contra Jerusalén un poderoso ejército caldeo, y el décimo mes del mismo año elevó su cerco alrededor de Jerusalén (2 Rey 25, 1). El ejército egipcio avanzó para liberar la ciudad sitiada, y por un tiempo obligó a los caldeos a levantar el cerco; pero al final fue vencido por los caldeos en una batalla decisiva (Jer 37, 5), y los caldeos volvieron a sitiar a la ciudad con toda su fuerza. Por largo tiempo lucharon los judíos, manteniendo una dura resistencia y combatiendo con la valentía que nace de la desesperación, pues tanto Sedecías como sus consejeros estaban convencidos de que esta vez Nabucodonosor no mostraría ningún tipo de piedad.

Los esclavos hebreos fueron liberados, a fin de que ellos también pudieran asumir la defensa militar. Las casas de piedra fueron derribadas, una tras otra, a fin de que sus materiales pudieran servir para fortalecer las murallas; y de esta forma, a lo largo de un año y medio todos los esfuerzos del enemigo por conquistar la ciudad fueron en vano. El hambre había llegado hasta el extremo cuando, en el cuarto mes del año decimoprimeros de Sedecías, los arietes de los caldeos lograron abrir una brecha en la muralla del norte, de manera que los sitiadores entraron a través de ella en la parte baja de la ciudad.

Los defensores se refugiaron en la colina del templo y en la ciudad de Sion, y cuando los caldeos comenzaron a embestir contra estas defensas, en medio de la noche, bajo el cobijo de la oscuridad, Sedecías huyó con el resto de los soldados por la puerta que se hallaba entre las dos murallas, por el jardín del rey. Sin embargo, fue alcanzado en las estepas de Jericó por los perseguidores caldeos, siendo llevado a Ribla, en la Cele-Siria.

Allí era donde Nabucodonosor tenía su cuartel general durante el asedio de Jerusalén, y aquí dictó su sentencia de juicio contra Sedecías. Sus hijos, y los hombres importantes de Judá, fueron ejecutados delante de sus ojos. A él le arrancaron los ojos y le llevaron encadenado a Babilonia, donde permaneció prisionero hasta su muerte (2 Rey 25, 3-7; Jer 39, 2-7; 52, 6-11). Un mes más tarde Nebuzaradan, capitán de la guardia del rey de Babilonia, vino a Jerusalén para destruir la ciudad rebelde.

Los sacerdotes principales y los oficiales del reino, junto con sesenta ciudadanos, fueron enviados ante el rey a Ribla, siendo allí ejecutados. Todo lo

que tuviera algún valor entre los utensilios del templo fue llevado a Babilonia. La ciudad con el templo y el palacio fueron quemadas hasta los cimientos: fueron destruidas las murallas y todos los hombres capaces que quedaban entre el pueblo fueron llevados al exilio.

Nadie pudo quedar en la tierra, sino una parte de la gente más pobre, para servir como viñadores y agricultores. Y sobre este resto miserable, algo aumentado en número por el retorno de algunos de aquellos que habían huido durante la guerra a los países vecinos, fue nombrado gobernador, al servicio de los intereses de los caldeos, un tal Godolías, hijo de Ahikam. Jeremías optó por quedar con él, en medio de sus conciudadanos. Pero tres meses más tarde Godolías fue asesinado, por instigación de Baalis, el rey de los amonitas, por obra de un tal Ismael, que era un descendiente de la familia real de Judá. Y, a consecuencia de eso, una gran parte del resto de la población, temiendo la venganza de los caldeos, huyó a Egipto, en contra de los consejos del profeta (Jer 40-43). Y de esa manera, la desaparición y destierro de la población fue total, de manera que, a lo largo de todo el período de la dominación caldea, la tierra fue como un desierto.

De esa manera, también Judá, como las diez tribus de Israel, fue arrojada entre los gentiles, fuera de la tierra que el Señor les había dado como heredad, a causa de que ellos (los judíos) habían abandonado a Yahvé, su Dios, y habían rechazado sus mandamientos. Jerusalén, la ciudad del gran Rey sobre toda la tierra, yacía en ruinas; la casa que el Señor había consagrado a su nombre había sido destruida con fuego, y el pueblo de la alianza se había convertido en objeto de desprecio y burla entre todos los pueblos. Pero Dios no había roto su alianza con Israel. Incluso en su Ley (Lev 26 y Dt 30), él había prometido que, aunque Israel fuera arrojada de su tierra, entre los gentiles, él recordaría su alianza con Abraham, Isaac y Jacob, y no rechazaría totalmente a los exilados; al contrario, cuando ellos hubieran sufrido el castigo que merecían por sus pecados, él invertiría su cautividad y les reuniría de entre todas las naciones.

## 2. La persona del profeta

Por lo que respecta a la vida y trabajos del profeta Jeremías tenemos más información de la que existe sobre muchos de los otros profetas. El hombre Jeremías ha quedado reflejado de manera muy clara en sus profecías, y su vida se encuentra muy entrelazada con la historia de Judá. Así presentaremos primero las circunstancias externas de su vida de profeta, y después sus rasgos de carácter y sus cualidades mentales.

*a. Circunstancias externas.* Jeremías (יֵרֵמְיָהוּ, contraído יֵרֵמְיָה, Ἰερεμίας) era hijo de Helcías, uno de los sacerdotes que pertenecían a la ciudad sacerdotal de Anatot, situada unas cinco millas al norte de Jerusalén, que es ahora una población llamada Anata. Este Helcías no era aquel sumo sacerdote de ese nombre al que

se alude en en 2 Rey 22,4 y en 2 Cron 34, 9, como a veces han supuesto algunos padres de la iglesia, rabinos y comentaristas recientes. Esta visión resulta indefendible por la forma en que se le presenta como uno de los sacerdotes: *קֹהֵן הַכֹּהֲנִים* (Jer 1, 1). Además, resulta muy poco probable que el sumo sacerdote hubiera vivido con su familia fuera de Jerusalén, como sucede en el caso de la familia de Jeremías (Jer 32, 8; 37, 12). Por otra parte, como sabemos por 1 Rey 2, 26, en Anatot vivían sacerdotes de la casa de Itamar, mientras que el sumo sacerdote pertenecía a la línea de Eleazar, y a la casa de Pinjás (1 Cron 24, 3).

Jeremías fue llamado a ser profeta en una edad temprana (cf. *נָעַר*, niño, en Jer 1, 6), realizó su misión en Jerusalén, desde el año trece del reinado de Josías (629 a. C.) hasta la caída del reino; y después de la destrucción de Jerusalén él continuó realizando su obra por algunos años más, entre las ruinas de Judá, y más tarde en Egipto, entre aquellos de sus conciudadanos que habían huido allí (Jer 1, 2; 25, 3; 40, 1). Su ministerio profético se sitúa por tanto dentro del período de disolución interna del reino de Judá, con su destrucción por los caldeos.

Él había recibido una misión del Señor para los pueblos y reinos, tanto para romper y destruir como para edificar y plantar (Jer 1, 10). Él debió cumplir esta misión, en primer lugar, en relación con Judá, y después con los pueblos paganos, en la medida en que estos venían a ponerse en contacto con el reino de Dios en Judá. El escenario de sus trabajos fue Jerusalén. Él proclamó aquí la palabra del Señor en los patios del templo (cf. Jer 7, 2; 26, 1); en las puertas de la ciudad (Jer 17, 19); en el palacio del rey (Jer 32, 1; 37, 17); en la prisión (Jer 32, 1); y en otros lugares (Jer 18, 1; 19, 1; 27, 2).

Algunos comentaristas piensan que él comenzó su actividad primero como profeta en su ciudad nativa de Anatot, y que se mantuvo allí por cierto tiempo antes de desplazarse a Jerusalén; pero esto va en contra de la afirmación de Jer 2, 2, donde se dice que él proclamó de hecho su primer discurso ante los oídos de Jerusalén (Jer 2, 2). La afirmación de que él actuó primero en Anatot no encuentra tampoco ningún apoyo en Jer 11, 21; 12, 5. De esos pasajes solo se puede deducir el hecho de que durante su ministerio él visitó ocasionalmente su ciudad nativa, que estaba cerca de Jerusalén, y que él proclamó la palabra del Señor a sus conciudadanos antiguos.

Cuando Jeremías comenzó su tarea como profeta, el rey Josías había asumido ya el compromiso de extirpar la idolatría y de restaurar el culto de Yahvé en el templo; y Dios eligió a Jeremías como profeta a fin de que pudiera apoyar en su tarea al piadoso rey. Su tarea consistió en hacer que los corazones del pueblo se volvieran al Señor de sus padres, a través de la predicación de la palabra de Dios, a fin de transformar aquel retorno exterior al servicio de Yahvé en una conversión total del corazón, a fin de evitar la destrucción de todos los que deseaban convertirse y ser salvados.

Estimulados por los pecados de Manasés, y apartándose del Señor, la impiedad y la injusticia habían alcanzado en Judá tal profundidad que ya no era



posible invertir el juicio de rechazo por parte de Yahvé y lograr que la raza de los apóstatas no fuera entregada al poder de los paganos. A pesar de ello, el Dios fiel de la alianza, con su gran paciencia divina, concedió todavía a su pueblo infiel otra oportunidad de gracia para que pudieran arrepentirse y volver hacia él. Dios concedió así a los judíos la reforma de Josías y envió a los profetas porque, a pesar de que estaba decidido a castigar a los miembros de su pueblo pecador por su dura cerviz y apostasía, él no los destruiría totalmente. Esto nos ofrece la perspectiva desde la que podemos considerar la misión de Jeremías de manera que, a partir de aquí, podremos encontrar luz suficiente para entender el despliegue total de su misión, para entender el contenido de sus discursos.

Inmediatamente después de su llamada, se le concedió descubrir, bajo el signo de una olla humeante, el mal que iba a irrumpir desde el norte sobre los habitantes de la tierra: las familias de los reinos del norte iban a venir y colocar sus tronos ante las puertas de Jerusalén y de las ciudades de Judá, y a través de ellos Dios iba a proclamar su juicio sobre Judá a causa de su idolatría (Jer 1, 13-16). De un modo consecuente, desde el comienzo de su misión, desde los días de Josías en adelante, Jeremías no dejó de mantener nunca su postura: que Judá y Jerusalén serían devastadas por una nación hostil, que iniciaría su invasión desde el norte, de manera que el pueblo de Judá caería bajo la espada de una nación enemiga y que sería llevado al cautiverio (cf. Jer 4, 5. 13. 27; 5, 15; 6, 22, etc.).

Esta nación, que no aparece especificada de un modo particular en las profecías del primer período, no es otra que la de los caldeos, con el rey de Babilonia y su ejército. No es la nación de los escitas, como muchos comentaristas han supuesto (cf. comentario a Jer 4, 5). Sea como fuere, Jeremías llama sin cesar a todos los estamentos del pueblo para que se arrepientan, a fin de que expulsen los ídolos abominables y de esa manera dejen de practicar la maldad. Así les pide que sean en una tierra nueva, y que no siembren entre espinas, a fin de que la ira del Señor no explote como un incendio y lo queme todo de un modo inextinguible (Jer 4, 1-4; 6, 8. 16; 7, 3, etc.).

Jeremías no se cansa nunca de condenar los pecados de Judá, poniéndolos ante la vista del pueblo y de sus líderes, de los sacerdotes corrompidos y de los falsos profetas, de los reyes impíos y de los príncipes. De esa manera, él prosigue realizando su misión, en medio de muchas pruebas, tanto internas como externas, sin conseguir ningún fruto por su mensaje (cf. Jer 25, 3-8). Pues bien, después de veintitrés años de trabajo infatigable con el pueblo, aquel juicio con el que había amenazado tantas veces a los judíos estalló por fin y se cumplió sobre aquella raza incorregible.

El año cuarto del reinado de Joaquim (606 a. C.) constituye un momento de cambio decisivo no solo en la historia del reino de Judá, sino también en la obra de Jeremías como profeta. Este fue el año en que Jerusalén fue tomada por primera vez, y el reino de Judá vino a convertirse en tributario de los caldeos, y

entonces comenzaron aquellas devastaciones con las que Jeremías había amenazado tantas veces los oídos endurecidos de los judíos; y de esa manera empezó a cumplirse aquello que Jeremías había anunciado poco tiempo atrás: los setenta años de dominio de Babilonia sobre Judá y sobre Egipto y sobre los reinos del entorno (Jer 25, 19).

Durante esos setenta años esas naciones tenían que servir al rey de Babilonia; pero después de que se cumplieran esos años el rey y la tierra de los caldeos serían visitados, Judá quedaría liberada de su cautividad y los judíos podrían retornar a su propia tierra (Jer 25, 11; 37, 6; 29, 10). El progresivo cumplimiento de las profecías de denuncia de Jeremías confirmó su carácter de profeta del Señor; a pesar de ello, fue entonces cuando iban a comenzar los días más duros de prueba en su llamada a la misión.

Cuando tomó Jerusalén por primera vez, Nabucodonosor se contentó con poner al rey Joaquim bajo su dominio, imponiéndole un tributo por la tierra, por el reino y por el pueblo, pero él, Joaquim, esperó la ocasión propicia para montar un complot y para sacudir el yugo de los babilonios. En ese momento, los judíos se sintieron avalados por las profecías mentirosas de los falsos profetas, y la obra de esos falsos profetas supuso duras controversias y amargas pruebas para Jeremías.

Al principio del reino de Joaquim, los sacerdotes, los profetas y el pueblo se reunieron en el templo y pusieron sus manos en contra de Jeremías, porque él declaró que Sion compartiría la suerte de Silo, y que Jerusalén sería destruida. Ellos le juzgaron por eso culpable de muerte, y solo pudo escapar del poder de sus enemigos por la mediación de los príncipes de Judá, que se apresuraron a rescatarle, recordándole al pueblo que en los días de Ezequías el profeta Miqueas había proclamado profecías semejantes y que, sin embargo, él no había sufrido nada de manos del rey, porque él, el rey, era temeroso de Dios. Al mismo tiempo, Urías, que había dicho las mismas cosas, y que había huido a Egipto para liberarse de la venganza de Joaquim, fue forzado a volver por un mensajero del rey, siendo condenado a muerte (Jer 6).

Fue entonces cuando Jeremías, por mandato de Dios, hizo que su asistente Baruc escribiera en un rollo todos los discursos que él había proclamado y que los leyera delante del pueblo, reunidos en el día de ayuno, que se celebró en el noveno mes del quinto año del reinado de Joaquim. Cuando el rey lo supo, hizo que le trajeran el rollo y se lo leyeran. Pero cuando le leyeron dos o tres pasajes, él rey cortó el rollo en pedazos y los echó en un brasero donde se quemaron ante él. El rey ordenó entonces que Jeremías y Baruc fueran llevados a su presencia; pero, avisados por un príncipe amigo, ellos se habían escondido y Dios les ocultó, de tal manera que no les encontraron (Jer 36).

No parece que el profeta sufriera más persecuciones durante los reinados de Joaquim y Joaquín. Dos años después del ayuno que acabamos de mencionar, Joaquim se rebeló de nuevo en contra de Nabucodonosor. Y el resultado fue que

Jerusalén fue sitiada y tomada por segunda vez. Entonces Joaquín, los dirigentes del pueblo y la flor y nata de la nación fueron llevados al exilio en Babilonia. Y de esa forma se confirmaron del modo más sorprendente las profecías de Jeremías. Una vez más, Jerusalén fue salvada de la destrucción, y a través de Sedecías, tío del rey exilado que, por supuesto, tuvo que pronunciar un juramento de fidelidad feudal al rey de Babilonia, el país de Judá pudo seguir teniendo un rey de su dinastía.

Pues bien, este duro golpe que cayó sobre la nación no fue suficiente para inclinar la dura cerviz del pueblo infatuado y de sus líderes. Una vez más surgieron falsos profetas que anunciaron la rápida destrucción del dominio caldeo, y el próximo retorno de los exilados (Jer 28). En vano elevó su voz Jeremías, advirtiendo al pueblo que no pusiera su confianza en estos profetas, ni en los hechiceros y magos que hablaban como ellos (Jer 27, 9. 14). Cuando, en los primeros años de Sedecías, vinieron embajadores de las naciones vecinas, Jeremías, en oposición a los falsos profetas, afirmó ante el rey que Dios había puesto a todos esos países en manos del rey de Babilonia, y que estos pueblos le servirían, lo mismo que su hijo y su nieto. De esta manera gritó el rey:

Someted vuestros cuellos bajo el yugo del rey de Babilonia, y así viviréis, aquel que no le sirva perecerá por espada, hambre o peste (Jer 27, 12).

Jeremías había repetido este anuncio ante los príncipes y el rey, durante el asedio de los caldeos, que siguió a la insurrección traidora de Sedecías contra su señor feudal. Jeremías lo repitió también durante el tiempo en que los caldeos habían levantado temporalmente el asedio para trabar batalla con el rey egipcio, el faraón Ofra, que había venido en ayuda de los judíos (Jer 34, 20). Fue entonces cuando, saliendo por la puerta de la ciudad, Jeremías fue tomado prisionero, golpeado por los magistrados y arrojado en una prisión, con el pretexto de que intentaba desertar y unirse a los caldeos. Tras haber pasado un largo tiempo en prisión, el rey hizo que le llamaran y le pidió en secreto una palabra de Yahvé. Pero la única palabra que Jeremías tenía que darle de parte de Dios era: «Tú serás entregado en manos del rey de Babilonia».

Favorecido por esta oportunidad, él se quejó ante el rey por su prisión. Y Sedecías dio orden de que no le volvieran a llevar a la prisión, sino que le colocaran en el patio de la guardia, y que le dieran una hogaza de pan hasta el día en que se consumiera todo el pan de Jerusalén (Jer 37). Sin embargo, poco después de esto, algunos de los príncipes pidieron al rey la muerte del profeta, con la excusa de que él estaba minando la valentía de los soldados y del pueblo a través de sermones como: «Aquel que permanezca en la ciudad morirá de espada, hambre o peste; pero aquel que vaya a los caldeos conservará su vida como presa, de parte de ellos».

Ellos pensaron que estaba buscando la destrucción y no la salvación de la ciudad, y el rey se plegó a sus exigencias diciendo: «Mirad, está en vuestras

manos, porque el rey no puede hacer nada en contra de vosotros». Y de esta forma le echaron en un pozo profundo en el patio de la prisión, de tal forma que él se hundía en el lodo del pozo, donde hubiera muerto a no ser por la ayuda de un etíope de mente bondadosa llamado Ebed-Mélek, un siervo de cámara del palacio, que rogó al rey por él y logró que le sacaran del fondo del pozo. Y cuando el rey le consultó otra vez en privado, él no pudo darle mas respuesta que la anterior, y así permaneció en el patio de la prisión hasta el día de la toma de Jerusalén por los caldeos (Jer 38). Después de esto, él fue liberado por Nabuzardán, el capital de la guardia de Nabucodonosor, por orden del rey de Babilonia; y, dejándole en libertad para escoger su lugar de residencia, él decidió permanecer en Mispa, en medio de su propio pueblo, con Godolías, que había sido nombrado gobernador de la tierra (cf. Jer 39, 11-14 y 40, 1-6).

Tras el asesinato de Godolías, aquellos que huían por temor a la venganza de los caldeos le obligaron a acompañarles a Egipto, aunque él había protestado expresamente contra la huída, pues iba en contra de la voluntad de Dios (Jer 41, 7-43, 7). Pues bien, residiendo ya en Egipto él anunció la conquista de la tierra por Nabucodonosor (Jer 48, 8-13) y además proclamó el juicio de Dios contra sus conciudadanos, que se habían inclinado buscando la protección de la reina de los cielos en contra de Yahvé (Jer 44).

Después de eso, la Biblia no nos ofrece ningún recuerdo más sobre Jeremías. No conocemos ni el tiempo, ni el lugar, ni las circunstancias de su muerte. Por Jer 44 no podemos afirmar con seguridad que él seguía aún vivo el año 570 a. C., porque este último discurso del profeta no exige necesariamente que el rey Ofra hubiera muerto ya (570 a. C.). Lo único que sabemos es que él vivió aun por algunos años en Egipto (entre el 585 y el 560 a. C.). Según eso, sus trabajos se extendieron a lo largo de unos cincuenta años, de manera que él recibió presumiblemente su llamada de profeta cuando tenía de 20 a 25 años, así que debió alcanzar una edad de 70 o 75 años.

Sobre su muerte nos hablan algunos padres de la iglesia (Jerónimo, Tertuliano, Epifanio), y dicen que fue apedreado por el pueblo en Tafnes (Dafnes de Egipto). De acuerdo con eso, su tumba solía situarse cerca de El Cairo. Pero una tradición judía (contenida en el *Seder ol. rabb.*, cap. 26) afirma que fue llevado de Egipto a Babilonia, con Baruc, por obra de Nabucodonosor, que conquistó Egipto en el año 27 de su reinado. Isidoro de Pelusio, *Epist.* I. 298, le llama el *πολυπαθέστατος τῶν προφητῶν*. Pues bien, cuanto mayor fue la ignominia y sufrimiento que Jeremías padeció en vida, mayor fue la estima en que fue tenido por la posteridad, especialmente por el exacto cumplimiento de su profecía sobre los setenta años de duración del imperio de Babilonia (cf. Dan 9, 2; 2 Cron 36, 20; Es 1, 1). Jesús Sirac, en su *Alabanza de los profetas*, contenida en Eclo 49, 7, no aporta nada nuevo respecto a lo que ya sabemos por Jer 1, 10; pero poco

después, en 2 Mac, encontramos tradiciones y leyendas que prueban sin duda alguna la profunda veneración que los judíos, especialmente los de Alejandría, tenían a Jeremías<sup>1</sup>.

**b. Carácter y cualidades mentales.** Si reunimos en un punto los diversos elementos que descubrimos en una visión general de la obra de Jeremías como profeta, nos cercioramos de la verdad de las afirmaciones de Ed. Vilmar [hebraísta y teólogo alemán: 1832-1887] en su ensayo sobre la obra de Jeremías como profeta, en la revista mensual *Der Beweis des Glaubens*, vol V, Gütersloh 1869:

Quando consideramos la fe del profeta en el carácter impercedero del pueblo de Dios, a pesar de la ruina inexorable que iba a sobrevenir sobre la generación que vivía entonces, y consideramos también su convencimiento, firme como una roca, de que los caldeos eran invencibles hasta el final del período que la providencia les concedía, resulta claro que la obra de Jeremías se fundaba en algo distinto y más alto que una simple agudeza política o que una sagacidad humana.

Tampoco se puede explicar la firmeza inquebrantable con la que él ejerció su misión en medio de las más fuertes dificultades exteriores partiendo simplemente de la fuerza natural de su carácter. Por naturaleza, él era de carácter complaciente, sensible y tímido, de manera que se inclinó con temblor ante la llamada de Dios (Jer 1, 6). Y más tarde, cuando se sintió aplastado por el peso de sus deberes, mostró repetidamente el deseo de ser liberado de ellos. De esta forma se queja en 20, 7-9:

¡Me sedujiste, Yahvé, y me dejé seducir! ¡Más fuerte fuiste que yo, y me venciste!  
¡Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí! Todas las veces que hablo, doy voces, grito: ¡Violencia y destrucción!, porque la palabra de Yahvé me ha sido para afrenta y escarnio cada día. Por eso dije: ¡No me acordaré más de él ni hablaré más en su nombre! No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude.

1. Así lo muestra la visión que se atribuye a Judas Macabeo en 2 Mac 15,12 ss. Allí se dice en efecto que se le apareció en un sueño un hombre que estaba de pie, al lado del sumo sacerdote Onías, mientras él oraba por el pueblo. Jeremías se le aparece como un hombre de barba blanca y carácter venerable, rodeado de majestad maravillosa y gloriosa. Y Onías dice: «Este es el φίλάδελφος, aquel que tanto ha rogado por el pueblo y por la ciudad santa; este es Jeremías, el profeta de Dios». Allí se añade que Jeremías entregó a Judas una espada de oro, y lo hizo con estas palabras: «Toma esta santa espada como un don de Dios; con ella destruirás a los adversarios».

Más adelante, en 2 Mac 2,4 ss., se dice que en el momento de la destrucción de Jerusalén Jeremías escondió el arca, el fuego sagrado y el incienso, con su altar y tabernáculo, en una cueva de la montaña desde la que Moisés había contemplado la tierra prometida, y que ese lugar no volvería a ser encontrado hasta que el Señor reuniera a su pueblo y le ofreciera de nuevo su gracia. A partir de aquí brotó aquella esperanza que encontramos en Mt 16, 14 según la cual Jeremías aparecería de nuevo como precursor del Mesías.

A pesar de que estaba lleno de amor ardiente, deseando la salvación de su pueblo, él se sentía obligado a gritar de esta manera a causa de su corrupción moral:

¡Ay, quién me diera en el desierto un albergue de caminantes, para abandonar a mi pueblo y apartarme de ellos!, porque todos ellos son adúlteros, una congregación de traidores (Jer 9, 2).

Y la seguridad de que no podía ya evitarse el juicio que iba a estallar sobre la tierra y sobre el pueblo de Israel hacía que surgiera de su interior un lamento: «Ay, si mi cabeza se hiciera agua y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!» (9, 1). Así lo pone de relieve con precisión E. Hengstenberg:

Jeremías no era un segundo Elías, sino que tenía una naturaleza suave, un temperamento muy influenciado, y sus lágrimas brotaban con rapidez. Él se sentía muy feliz viviendo en paz y amor con todos los hombres. Pero a causa de haber sido alistado al servicio de la verdad, tuvo que convertirse en un segundo Ismael, de manera que su mano debió luchar contra la de todos los hombres, y la mano de todos los hombres debió luchar contra la suya. Él, que tenía un amor tan ardiente por su pueblo, estuvo condenado a ver rechazado aquel amor, viéndose tratado como un traidor por aquellos que eran ellos mismos traidores contra el pueblo (E. Hengstenberg [biblista alemán: 1802-1869], *Christologie des Alten Testaments*, 1829–1835, vol 2, pág. 370).

Experiencias como estas suscitaron amargos combates en su alma, como él mismo lo dice repetidamente, en especial en Jer 12, 1 y 20, 1. A pesar de todo, se mantiene inmutablemente firme en su lucha contra todos los poderes de la maldad, como un pilar de hierro, como una muralla de bronce, contra toda la tierra, contra los reyes de Judá, con sus gobernantes y sus sacerdotes, y contra el pueblo de la tierra, de manera que todos los que luchaban contra él no pudieron lograr nada, porque, según su promesa (cf. Jer 1, 18), el Señor estaba con él y se mantuvo a su lado como un terrible guerrero (cf. Jer 20, 11), mostrando su gran poder en la debilidad del profeta.

Este carácter de Jeremías se refleja también en sus escritos. Su lenguaje es claro y simple, incisivo y profundo; y aunque, hablando en general, resulta a veces algo difuso, es en general rico en pensamiento. Ciertamente, carece de la elevada tensión y del alto vuelo de Isaías, pero tiene sus bellezas. Se distingue por la riqueza de sus nuevas imágenes que se despliegan con gran delicadeza y profundo sentimiento, por una versatilidad que se adapta fácilmente a los objetos más variados y por su claridad artística (Ewald). En el desarrollo de sus pensamientos, Jeremías recurre a la Ley y a los otros escritos sagrados más que los restantes profetas (cf. Koenig, *Das Deuteronom u. der Proph. Jeremia*, cuaderno 2 de *Altstl. Studien*; y A Küper, *Jeremias librorum sacrr. interpres atque vindex*). Y su forma de expresión es rica en repeticiones y en palabras elevadas.

Estas peculiaridades no han de ser miradas, sin embargo, como signos de un declive progresivo del don profético, sino que han de tomarse como consecuencia de una experiencia muy honda, a partir de causas positivas y fundamentales. La apelación continua a la ley y la aplicación frecuente de las partes proféticas del Deuteronomio se debe a las circunstancias de su tiempo.

Cuanto más se agrandaba la apostasía del pueblo respecto de la Ley de Dios, más grande resultaba la necesidad de una predicación renovada de la Ley que pusiera de relieve el duro juicio que amenazaba a los pecadores empedernidos, juicio que ahora ya pronto va a cumplirse. Y en esa línea, en contra de las bandas de falsos profetas cuya influencia resultaba cada vez mayor sobre el pueblo infatuado, el auténtico testimonio del Señor no podía encontrar unos medios más efectivos para mostrarse y probar la divinidad de su misión y la verdad de su testimonio que mostrando su continuidad con las profecías antiguas y con sus proclamaciones.

De esa manera, Jeremías volvió a situar en su verdadera dirección y preservó la herencia espiritual que Israel había recibido de Moisés mil años atrás, y así la presentó ante el pueblo del exilio como su mejor signo de identidad (Ed. Vilmar, como arriba). Ciertamente, las numerosas repeticiones producen cierta monotonía, pero esta monotonía no es otra cosa que la expresión de un amargo pesar que llena su alma. El alma del profeta estaba como poseída por un solo pensamiento que toma entera posesión de sus amplios poderes, de manera que él, Jeremías, nunca se cansará de gritar, siempre de forma nueva, la misma verdad para el pueblo, para hacer que ella quede segura a través de sus constantes reprimendas (cf. Haevernick. *Einleitung*, p. 196).

De ese mismo origen proviene la negligencia en la dicción y en el estilo sobre la que Jerónimo, en *Prolog. in Jer.* hizo esta crítica: *Jeremias propheta sermone apud Hebraeos Jesaia et Osea et quibusdam aliis prophetis videtur esse rusticior, sed sensibus par est.* [El profeta Jeremías parece por el lenguaje más rústico entre los hebreos que Isaías, Oseas y algunos otros profetas, pero en lo que toca al sentido es semejante a ellos]. Y más adelante en el *Proaem.* al libro IV del *Comment.* dice: *Quantum in verbis simplex et facilis, tantum in majestate sensuum profundissimus* [Por lo que toca a las palabras es simple y fácil, pero en la majestad de sus sentidos es profundísimo]. Un estilo carente de adornos es la expresión natural de un corazón lleno de pena y tristeza. Alguien como él, que está triste y oprimido en su corazón, alguien de cuyos ojos fluyen lágrimas (Lam 2, 2), no es un hombre para recubrirse y engañarse a sí mismo en fruslerías y bellos discursos (Hegstenberg, o. c. p. 372). Finalmente, por lo que toca al lenguaje, la influencia del arameo sobre el hebreo resulta ya bastante clara.

### 3. El libro de las profecías de Jeremías

**a. Contenido y división.** Las profecías de Jeremías se dividen de acuerdo con sus temas entre aquellas que se refieren a Judá y el reino de Dios, y aquellas que

se refieren a las naciones extranjeras. Las primeras aparecen antes en el libro y se extienden de Jer 1 a Jer 45. Las segundas se encuentran contenidas en Jer 46-51. Por su parte, las primeras se dividen en tres grupos, que se distinguen claramente por su forma y por sus temas. De esa manera, el conjunto del libro puede dividirse en cuatro secciones, precedidas por Jer 1 (que contiene el relato de la consagración del profeta) y culminadas por Jer 52 (que ofrece un suplemento histórico).

1. *La primera sección* ocupa Jer 2-20, y comprende seis largos discursos que contienen la substancia de la predicación oral de Jeremías durante el reinado de Josías. Estos discursos sitúan al pueblo cara a cara ante su apostasía respecto del Señor, que se expresa en forma de idolatría. Jeremías destaca ante el pueblo su injusticia y su corrupción moral, poniendo de relieve su necesidad de contrición y de arrepentimiento, amenazando a la raza de pecadores, endurecidos con la devastación de su tierra, a través de la llegada de un pueblo bárbaro que viene de lejos; mientras tanto, a los contritos se les abre la perspectiva de un futuro mejor.

- El *primer discurso*, Jer 2, 1-3, 5, pone de relieve, en términos generales, el amor del Señor y su fidelidad respecto a Israel.
- El *segundo*, Jer 3, 6-6, 30, presenta en su primera mitad (3, 6-4, 2) el destino de las diez tribus, su dispersión, a causa de la reincidencia de sus pecados, y la certeza de que esas tribus pueden ser recibidas de nuevo, en caso de que se arrepientan; todo esto como aviso para la infiel Judá; por su parte, la segunda mitad (4, 3-6, 30) anuncia que si Judá se mantiene en su deslealtad, su tierra será asolada y Jerusalén será destruida, y su pueblo arrojado lejos entre los gentiles.
- El *tercer discurso*, Jer 6-10, amonesta a los judíos por su vana confianza en el templo y en los sacrificios, amenazándoles con la dispersión de Judá y el saqueo del país (Jer 7, 1-8, 3); critica al pueblo por ser obstinadamente contrario a toda reforma (8, 4-9, 21); muestra en qué consiste la verdadera sabiduría y pone de relieve la locura de la idolatría (9, 22-10, 25).
- El *cuarto discurso*, Jer 11-13, insiste en la deslealtad del pueblo a la alianza (11, 1-17), mostrando con ejemplos concretos su profunda corrupción, y les dice que el gran castigo pronunciado contra ellos resulta irrevocable (11, 18-12, 17); y termina con una acción simbólica, que anticipa la expulsión y exilio de la raza incorregible de los judíos (Jer 13, 1).
- El *quinto discurso*, Jer 14-17, contiene la palabra concerniente a la sequía/carestía, ofrece una evidencia ilustrativa para mostrar que el juicio que está para cumplirse no puede ser impedido por ningún tipo de súplicas; de manera que Judá será arrojada al exilio por sus pecados, aunque en el futuro será traída de nuevo a la tierra (14, 1-17, 4); y



- termina con unas advertencias generales sobre las raíces de la maldad y sobre la forma en que el castigo podría ser evitado (17, 5-27).
- El *sexto discurso*, Jer 18–20, contiene dos oráculos de Dios, expresados en acciones simbólicas, que expresan el juicio que ha de abalanzarse sobre Judá por su obstinación en el mal: estos oráculos suscitaron la persecución, los golpes y una dura prisión contra el profeta, de tal forma que él se queja de su desgracia ante el Señor y maldice el día en que nació.

Todos estos discursos tienen en común el hecho de que la amenaza y la promesa resultan igualmente generales en sus formulaciones. Aquí se anuncia de la manera más enfática y repetida la amenaza de la devastación de la tierra por mano de los enemigos, la destrucción de Jerusalén y la dispersión de Judá entre los gentiles; y, sin embargo, en ningún lugar se dice quién será el ejecutor de esos designios. Solo al llegar al discurso amenazador dirigido a Pashur en Jer 20, 4 se nos dirá que es el rey de Babilonia, aquel en cuyas manos entregará Dios a Judá, y que él llevará a los judíos a Babilonia y les destruirá con la espada.

Pues bien, a no ser en la introducción Jer 3, 6, al referirse a los días de Josías, los encabezados de los textos no ofrecen ninguna indicación sobre la fecha en que han sido pronunciadas (esos textos con las profecías en conjunto, o algunas de sus secciones), ni sobre las circunstancias que las provocaron. El carácter totalmente genérico del encabezamiento de Jer 3, 6 y el hecho de que tono y materia permanecen idénticos a lo largo de toda la serie de capítulos que abren las profecías reunidas de Jeremías resultan suficientes para justificar lo que dice Hegstenberg en la cita anterior.

Él sigue afirmando que el libro de Jeremías nos sitúa no tanto ante una serie de profecías que fueron proclamadas tal como las tenemos en el texto, cada una en una ocasión particular, durante el reinado de Josías, sino más bien ante un *resumen* de toda la obra pública de Jeremías como profeta en el reinado de Josías. Estas profecías nos ofrecen, pues, un tipo de sumario donde se prescinde de todas las circunstancias especiales de tiempo, con el intento de ofrecer una estabilidad más profunda a los esfuerzos que Josías estaba llevando adelante en su política externa. Esta visión no solo se justifica dentro de los límites de Jer 2-7, sino que puede aplicarse igualmente al conjunto de la primera sección de sus profecías reunidas.

2. *La segunda sección*, Jer 21–33, contiene predicciones especiales. Por una parte, sobre el juicio que ha de ejecutarse a través de los caldeos (Jer 21–29). Por otra parte, sobre la salvación mesiánica (Jer 30–33).

Las predicciones del juicio (Jer 21-29) se dividen en tres grupos, y sus diversas partes provienen de fechas distintas. Conforme al encabezado, que está tomado de la respuesta que Jeremías da al rey Zacarías durante el último asedio de Jerusalén, la amenaza sobre el destino que espera a Judá en Jer 21, 1 ha de situarse

en ese tiempo, cuando el rey le pregunta sobre el resultado de la guerra. Por su parte, la denuncia contra los gobernantes corruptos del pueblo, contra los reyes malvados y contra los falsos profetas, con la promesa de que un renuevo justo ha de elevarse aún en David, pertenece a los tiempos de Joaquim y Joaquín, si hemos de tomar como referencia lo que se dice de esos reyes. Finalmente, la visión de las dos cestas de hijos de Jer 24, 2 pertenece a la primera parte del reinado de Sedecías, después de que Joaquín y la mejor parte de la nación hayan sido llevados cautivos a Babilonia.

- *Primera parte (Jer 21-24)*. Como introducción a estas secciones están los capítulos Jer 21-24. El principio es el anuncio de Jer 21, 1-4 donde se dice que Judá y su familia real han de ser entregados en manos del rey de Babilonia. Jer 22 y 23 ofrecen la palabra que trata de los pastores y de los líderes del pueblo, mientras que en Jer 24, 1 comienza la afirmación sobre el carácter y la suerte futura del pueblo judío, ilustradas con el signo de las dos cestas de higos.
- *El grupo central (Jer 25)* trata del anuncio de los setenta años de dominio de los caldeos sobre Judá y sobre todas las naciones, desembocando en una descripción del juicio que ha de venir sobre todo el mundo.
- *Segunda parte (Jer 26-29)*. Así como los primeros capítulos (Jer 21-24) han sido una preparación para la predicción central del juicio en Jerusalén (Jer 25), el grupo que sigue (Jer 26-29) sirve para mostrar la razón para el juicio universal y para mantener su pertinencia en contra de las contradicciones de los falsos profetas y del pueblo engañado por sus vanas esperanzas. En ese contexto (Jer 26, 1) nos habla de la acusación y de la liberación de Jeremías, con el cargo de haber predicho la destrucción de Jerusalén. Esto, y la noticia suplementaria del profeta Urías, se sitúan en el reinado de Joaquim. El mismo motivo aparece aún más claramente en el oráculo de Jer 27, 1, relacionado con el yugo del rey de Babilonia, que Dios ha de colocar sobre los reyes de Edom, Moab, Amón y Fenicia, y sobre el rey Sedecías, con los sacerdotes y el pueblo de Judá. Ese motivo aparece también en la amenaza contra Ananías, el profeta mentiroso, en Jer 28, 1, y en la carta de Jeremías a los exilados de Babilonia, en Jer 19, 1, en los primeros días del reinado de Sedecías.

De ese oscuro trasfondo brotan las profecías sobre la salvación mesiánica (cf. Jer 30-33), que contienen la promesa alentadora de la salvación de Israel. Estas promesas que anuncian la gracia y la gloria que ha de venir todavía sobre Israel y Judá ocupan dos largos discursos.

- *El primero (Jer 30-31)* constituye una unidad completa, tanto por su tema como por su forma. Comienza con el anuncio de la recuperación

de las dos casas de Israel de la cautividad, y con la certeza de que esas dos casas serán recibidas aún como pueblo de Dios (Jer 30, 1-22), mientras que los malvados caerán bajo la ira de Dios. En ese contexto, Jer 31 promete gracia y salvación, primero para las diez tribus (31, 1-22), y después para Judá (31, 23-36); finalmente, Jer 31, 27-40 ofrece el anuncio de que se proclamará un pacto nuevo y duradero con todo el pueblo de la alianza.

- El *segundo discurso* (Jer 32-33) sirve para confirmar el anterior, y consta de dos palabras de Dios, comunicadas a Jeremías en el año décimo de Sedecías, es decir, ya en el contexto de la destrucción de Jerusalén. Uno (Jer 32) presenta el tema de un modo simbólico. El segundo (Jer 33) ofrece una predicción explícita de la destrucción de Jerusalén y de las bendiciones que aún han de venir para la raza de David y para el sacerdocio levítico.

3. *La tercera sección del libro*, Jer 34-44, contiene, en primer lugar (Jer 34-36), unas breves declaraciones del profeta, que datan de los tiempos de Sedecías y de Joaquín, junto con las circunstancias que las provocaron. En segundo lugar, Jer 37-39, describe las experiencias del profeta y los consejos que él dio durante el asedio, en tiempos de Sedecías, hasta la caída final de la ciudad. Finalmente, Jer 40-45 expone los acontecimientos que sucedieron y las profecías que fueron proclamadas durante el asedio. De esa manera, aquí se ofrece, de un modo suplementario, todo aquello que fue de importancia capital en los esfuerzos que Jeremías realizó a favor del infeliz pueblo, pero que no fue incluido en las secciones anteriores del libro.

4. *La cuarta sección*, Jer 46-51, contiene profecías contra las naciones extranjeras, proclamadas en parte el año cuarto de Joaquín, o quizá más tarde, y en parte en el año primero de Sedecías. Y, finalmente, la conclusión de todo el libro está formada por Jer 52, un suplemento histórico, que no ha sido escrito por el mismo Jeremías, y que ofrece noticias de la destrucción de la ciudad, del número de cautivos llevados a Babilonia y de aquello que allí aconteció al rey Joaquín.

**b. Origen y compilación.** Sobre la composición del libro se han propuesto todo tipo de hipótesis ingeniosas y arbitrarias. Casi todas ellas provienen del presupuesto de que los discursos más largos de la primera parte del libro han sido formados a partir de un número mayor o menor de discursos dirigidos al pueblo en circunstancias determinadas, y que han sido organizados en parte cronológicamente, y en parte también de un modo menos preciso, sin relación con ningún plan determinado. De aquí deducen muchos la conclusión de que en el libro reina un tipo de confusión irresoluble. Como prueba de esto pueden verse las hipótesis de Movers y de Hitzig.

A partir del sumario de contenidos que acabamos de ofrecer, resulta claro que el principio de ordenamiento del texto no ha sido de tipo cronológico, en ninguna de las cuatro secciones del libro. Este orden cronológico se ha seguido solamente en aquellos casos en los que podía compaginarse fácilmente con el plan principal del libro, que consiste en la organización de los fragmentos siguiendo el orden de sus temas principales.

En las tres secciones de las profecías relacionadas con Israel se ha mantenido en cierta medida un orden cronológico, y se ha hecho de la siguiente manera: la primera sección (Jer 2-20) ofrece los discursos del tiempo del rey Josías; la segunda (Jer 21-33) expone los discursos pertenecientes al período que va entre el cuarto año de Joaquín y el asedio de la ciudad bajo Sedecías; la tercera (Jer 34-45) describe acontecimientos y oráculos del tiempo que precede y sigue al asedio y toma de la ciudad.

Pues bien, incluso en aquellos pasajes de la segunda y tercera sección en los que se ofrecen referencias históricas se sigue muy poco el orden temporal, de forma que los discursos del tiempo de Sedecías preceden a los del tiempo de Joaquín. Y en los discursos de la primera sección el orden cronológico de varios discursos resulta tan secundario que, a no ser en la referencia indefinida de 3, 6, no hallamos en ninguno de los encabezamientos ninguna referencia temporal. Por otra parte, el libro no ofrece los discursos individuales en la forma en que fueron pronunciados ante el pueblo, con ocasión de las diversas circunstancias, sino solo un *resumen* de las alocuciones orales, con referencia a su contenido-materia.

La primera noticia de una colección escrita de las profecías aparece en Jer 36, donde se nos dice que en el año cuarto del reinado de Joaquín, por inspiración divina, Jeremías mandó a su asistente Baruc que escribiera en un rollo todas las palabras que él había pronunciado con relación a Israel y a Judá, desde el día de su vocación hasta aquel tiempo, con la intención de que Baruc las leyera ante el pueblo reunido en el templo en la próxima pascua. Y después de que el rey fue cortando las partes del rollo y las arrojó al fuego, Jeremías hizo que se escribieran de nuevo en otro rollo las palabras que él había dictado a Baruc, añadiendo a ellas otras muchas palabras de la misma importancia. Este hecho sugiere la idea de que el segundo rollo que Baruc escribió por dictado de Jeremías formó la base de la edición reunida de las profecías de Jeremías.

Este relato muestra claramente que hasta entonces el profeta no había puesto por escrito sus profecías, y que ellas tomaron forma escrita, por primera vez, en el rollo fijado por Baruc. El mismo relato nos lleva a suponer que en este rollo los discursos y amonestaciones de Jeremías no se transcribieron con las palabras precisas y el orden exacto con que él los había proclamado ante el pueblo, sino que fueron fijados en el texto de memoria, de manera que solo se conservó la sustancia de los temas. La finalidad con que estos discursos fueron escritos era la de lograr que el pueblo se humillara ante el Señor y se convirtiera de sus malos

camino (Jer 36, 3. 7), haciendo que prestaran atención (de un modo inoportuno) a los mandamientos y advertencias del Señor.

Así podemos estar seguros de que esta intención parenética fue importante no solo en el primer documento, quemado por el rey, sino también en el segundo. Por eso, Baruc no intentó ofrecer aquí una transcripción completa y autoritativa de todos los dichos y discursos del profeta. Así parece aceptable el presupuesto de muchos críticos recientes cuando afirman que el documento compuesto en tiempos del rey Joaquín fue el fundamento del libro que ha llegado hasta nosotros, y que ha sido extendido hasta la formación del libro canónico con la adición de revelaciones proclamadas después de ese tiempo por el profeta, y con las noticias históricas que ponen de relieve las tribulaciones de Jeremías. Pero, a pesar de la gran probabilidad de esta visión, ya no somos capaces de indicar cuál había sido la extensión y lugar de aquel libro original en el libro canónico que nosotros hemos recibido.

Ciertamente, en un primer momento podríamos sentirnos inclinados a identificar los primeros veinte capítulos de nuestro libro con aquel libro dictado a Baruc, pues el mismo carácter de estos capítulos está a favor de esa hipótesis, ya que constan de largas composiciones, condensadas a partir de discursos orales, con la intención de recoger principalmente la substancia de ellas<sup>2</sup>. Por otra parte, no hay en estos capítulos nada que nos lleve más allá del tiempo de Josías y del comienzo del reinado de Joaquín, con la excepción obvia del encabezamiento general (Jer 1, 1-3), que fue añadido sin duda una vez que el libro había sido compuesto como un todo.

Pero, conforme a la afirmación de 36, 2, el manuscrito original preparado por Baruc contenía no solo palabras del profeta que él había proclamado hasta entonces sobre el tema de Israel y Judá, sino también palabras relativas a todas las naciones, esto es, sin duda, todas las profecías que él había proclamado hasta entonces sobre los paganos (es decir: Jer 25, 15-38; 46-51). Tampoco puede haber faltado en el manuscrito original el importante discurso de Jer 25, que pertenece al comienzo del cuarto año de Joaquín; y mucho menos pudo haber faltado en el segundo rollo, que fue incrementado por muchas palabras que Jeremías reunió después de que fuera quemado el primero. Sobre el segundo manuscrito podemos afirmar con confianza aquello que Ewald dice del primero: que nada de importancia pudo haber sido omitido en él.

Si, según eso, damos por sentado que el discurso de Jer 25 formaba parte del libro escrito por Baruc, debemos suponer que en la expansión posterior de la obra

2. Sobre el intento de reunir las siete unidades que forman Jer 2-24, Ewald (*Proph.* II, 2ª ed, pág 81) dice acertadamente: «Al transcribir de memoria estas unidades, el profeta comenzó ciertamente por un discurso que él había proclamado en algún lugar especial, y que era importante en sí mismo o en sus consecuencias. Este recuerdo resultaba así importante, y venía a convertirse en el centro del tema que debía ser escrito; y entonces resultaba fácil añadir a ese discurso otros materiales que eran de importancia semejante».

este capítulo tuvo que ser desplazado de su lugar original, intercalando los capítulos 21 y 24, que son ambos del tiempo de Sedecías. Pues bien, el desplazamiento de Jer 25 a causa de las profecías del tiempo de Sedecías, y la distribución de varios fragmentos que componen las secciones centrales del libro actual, muestran de un modo concluyente que el método y la naturaleza de este libro son incompatibles con la hipótesis de que el libro actual brotó simplemente a partir de la obra escrita por Baruc, bajo dictado de Jeremías, con la adición e interpolaciones de oráculos proféticos y hechos históricos (Ewald, Graf).

El contenido de los capítulos 21-45 fue dispuesto de un modo inequívoco conforme a un plan concreto y uniforme, que tenía en cuenta básicamente el tema/ contenido de esos capítulos, aunque actualmente no seamos capaces de precisar con seguridad las varias partes de esos capítulos, ni indicar las razones por las que cada texto se sitúa en el lugar que tiene actualmente. El mismo plan puede verse en la distribución de las composiciones más largas de Jer 2-20. La unidad del plan muestra que toda la colección de las profecías fue realizada por *un* editor y en *un mismo* tiempo.

Ewald, Umbreit y Graf llegan a la conclusión de que libro original encontró su forma final a través de un proceso de adiciones que tuvieron lugar inmediatamente después de la destrucción de la ciudad y de la deportación del pueblo. Pero resulta imposible admitir esa conclusión a partir de las razones que ellos dan, es decir, a partir del encabezamiento de Jer 1, 3 (hasta la deportación de Jerusalén, en el quinto mes), por el hecho de que los mandatos del profeta y las cosas que él habló después de la destrucción de la ciudad han encontrado un lugar inmediatamente después de Jer 39, en los capítulos 40-45. Ambas circunstancias se explican suficientemente suponiendo que, con la destrucción de Jerusalén, la obra de Jeremías como profeta, aunque no había terminado del todo, había sido anticipadamente completada.

Sus padecimientos posteriores en Mispa y en Egipto fueron solo una continuación de menor importancia, que podía omitirse de un modo consecuente en el encabezamiento del libro (cf. comentario 1 1, 3). No estamos seguros de que el período entre el mes quinto y el séptimo (cf. 41, 1), durante los cuales Jeremías y Baruc permanecieron con el gobernador Godolías en Mispa, hubieran sido más apropiados que otros para volver la mirada hacia atrás, sobre una obra como la suya que se había extendido a lo largo de más de cuarenta y un años, para expandir el libro que él había escrito en un período anterior, a fin de dejar tras él un monumento para la posteridad, recordando sus oráculos y experiencias más memorables: un monumento que pudiera servir de advertencia e instrucción, pero también de consuelo en los sufrimientos presentes, a través del tesoro de esperanza y promesas que el profeta había elevado (Graf). Pero, a juzgar por los hábitos mentales de Jeremías, podemos imaginar que en ese tiempo él estaría más inclinado a pronunciar sus Lamentaciones que a editar en libro de sus profecías.

Encontramos argumentos a favor de las ediciones repetidas y de las transformaciones de algunos capítulos particulares en parte por la materia o tema y en parte por las peculiaridades en la forma de algunos pasajes como, por ejemplo, en los encabezamientos, con las fórmulas: *דְּבַר־יְהוָה אֶל־יִרְמְיָהוּ לְאמֹר וַיְהִי דְּבַר־יְהוָה אֵלַי לֵאמֹר* וַיְהִי, y con el título *וַיְקִימוּ הַנְּבִיאִים*, que aparecen solo en algunos capítulo: 22, 2; 25, 2; 28, 5. 6 y a menudo; 29, 1.29; 32, 2. Pero, conforme a una investigación más profunda, estos argumentos no parecen concluyentes.

Si no queremos añadir una conjetura nueva e incierta al gran número de hipótesis arbitrarias que ya existen sobre la compilación y origen del libro, debemos permanecer dentro de los límites de aquello que, tras un cuidadoso escrutinio de la materia y forma del libro, ha dado pruebas de estar firmemente establecido. Pues bien, el resultado de nuestro trabajo puede resumirse en las proposiciones que siguen:

1. Este libro de Jeremías, en su forma canónica, ha sido organizado conforme a un plan preciso y consistente, conforme al cual la conservación del orden cronológico resulta algo secundario, frente al principio de agrupar temas que están emparentados entre sí.
2. El libro que escribió Baruc el quinto año del reinado de Joaquim, que contenía los oráculos pronunciados por Jeremías hasta aquel momento, constituye sin duda la base del libro, tal como ha sido finalmente compuesto, pero no ha sido incorporado en ese libro final como una obra separada; al contrario, conforme al plan propuesto para la compilación de toda la obra, los textos se dispusieron de tal manera que varias porciones del primer libro fueron integradas en porciones posteriores, que habían sido transmitidas tanto oralmente como por escrito, de forma que el resultado fue un todo uniforme. Las profecías que no estaban incluidas en el rollo de Baruc fueron escritas inmediatamente (a no ser que fueran compuestas ya de un modo escrito), tal como se dice expresamente en 30, 2; 21, 1 y 41, 60.
3. La edición completa del libro solo fue ejecutada después que terminaron las tareas de Jeremías, probablemente en un momento inmediato después de su muerte. Este trabajo, junto con la añadidura de la noticia histórica de Jer 52, fue realizado probablemente por Baruc, el colega de Jeremías, que puede haber vivido hasta después del acontecimiento que se cuenta en 53, 31 ss., es decir, la liberación de Joaquim, después de la muerte de Nabucodonosor, el 563 a. C.

#### 4. Autenticidad e integridad del texto masorético

Las profecías de Jeremías llevan por doquier de un modo tan fuerte el sello de la gran individualidad de este profeta que su autenticidad no ha sido negada en

general, ni siquiera por los nuevos críticos. Así, por ejemplo, Hitzig sostiene que la autenticidad de Jeremías resulta tan indudable que, en los prolegómenos a su comentario, supone que este asunto puede darse ya como resuelto. Y Ewald, tras haber expuesto su visión del contenido y del origen del libro, afirma que resulta tan clara la continuidad en expresión, actitud y colorido a través del conjunto de la obra que nosotros escuchamos hablar al mismo profeta de principio a fin de la obra.

Ciertamente, Ewald exceptúa el oráculo contra Babilonia, de Jer 50-51, que él atribuye a un discípulo anónimo que no se atrevió a escribir en su propio nombre hacia el final de la cautividad de Babilonia. Él admite que ese discípulo escribió siguiendo el modelo de Jeremías, pero con una diferencia marcada, pues concedió un sentido totalmente nuevo a palabras que había copiado de Jeremías. Así, por ejemplo, según Ewald, la descripción de los enemigos del norte, que conforme a la visión de Jeremías eran en principio los escitas y después los caldeos, la aplica él a los medos y persas, que estaban por entonces en guerra contra los caldeos. Pero, lo mismo en Ewald que en sus predecesores (Eichhorn, Maurer, Kobel, etc.), el motivo principal para negar la autenticidad de esta profecía se encuentra en un prejuicio dogmático que les lleva a suponer que resulta imposible que Jeremías haya hablado así de los caldeos, como hace en Jer 50-51, lugar donde se espera que los caldeos actúen como instrumento divino para adelantar el juicio sobre Judá y sobre las otras naciones.

Otros, como Movers, de Wette y Hitzig han propuesto liberarse de lo que les parecía fuera de lugar en esta predicción, asumiendo que ella estaba llena de interpolaciones posteriores. Estos críticos se creen después capacitados para decir que en Jer 50-51 hay interpolaciones, en una medida mayor o menos que en otros pasajes como Jer 10; 24; 29; 30 y 33, aunque sin sembrar dudas sobre la autenticidad del libro en su conjunto. Véanse detalles sobre este tema en mi *Leherbuch der Einleitung des AT & 75*. Por otra parte, la prueba de lo que digo aquí se encontrará en los textos de este comentario sobre los pasajes en cuestión.

Además de esto, hay varios exegetas críticos que han negado la integridad del texto hebreo a causa de las numerosas divergencias que hallamos en la traducción alejandrina (de los LXX). En esa línea, muchos han propuesto explicar las discrepancias entre el texto griego y el hebreo, suponiendo que hubo dos recensiones de la obra: una alejandrina en griego y otra babilonia en hebreo. Así J. D. Michaelis, que en las notas a su traducción del N. T. (pág. 285) declaró que el texto de los LXX era el original, siendo más puro que el texto hebreo que hoy tenemos. Y por su parte Eichhorn, Jahn, Bertholdt, Dahler y, con más confianza que todos, Movers (*De utriusque recensionis vaticiniorum Jer graecae Alexandr. et hebraicae Masor. indole et origine*, Hamburg 1837) han hecho todo lo posible para fundamentar su postura. Por su parte, de Wette, Hitz y Bleek (en su *Einleitung*) han adoptado la misma visión, de manera que ellos proponen corregir el texto masorético por el alejandrino en muchos lugares.



Pero, en una línea distinta, Kueper (*Jerem. Librorum ss. Interpres*), Haevern (*Einleitung*), J. Wichelhaus (*De Jeremiae versione Aenxandrina*), y finalmente y de manera más consecuente Graf en su *Komment.* p. 40 han comparado de un modo muy preciso ambos textos y han destacado mejor el carácter del texto alejandrino, llegando a la conclusión de que prácticamente todas las divergencias del texto griego respecto del hebreo han surgido por la forma arbitraria en que los traductores griegos han tratado el original hebreo.

El texto que ofrece la versión alejandrina es mucho más corto. Así dice Graf que, de 2700 palabras del texto masorético, casi una octava parte de ellas no han sido introducidas en la versión griega, mientras que las pocas adiciones que allí encontramos son de muy pequeña importancia. El texto griego omite con mucha frecuencia ciertas frases hechas, con formas y expresiones a menudo repetidas a lo largo del libro, así por ejemplo נאם־יהוה se suprime sesenta y cuatro veces; y en lugar de la expresión frecuentemente repetida יהוה צבאות אלהי ישראל o יהוה צבאות encontramos solo יהוה. En las partes históricas, el texto griego pasa por alto el nombre del padre de la persona citada, que ordinariamente se añade en hebreo; lo mismo pasa con el título de הנביא, cuando se refiere a Jeremías. Hablando del rey de Babilonia el texto griego suele omitir el nombre de Nabucodonosor, que aparece solo trece veces, mientras en el texto hebreo aparece treinta y seis veces.

El texto griego omite con frecuencia expresiones y cláusulas que parecen sinónimas o pleonásticas, destruyendo así a menudo el paralelismo de las frases, influyendo incluso en su sentido. Así suprime también largos pasajes que ya han aparecido antes, sea literalmente, sea en substancia. Aún mayores son las discrepancias en detalle; y ellas son de tal tipo que muestra claramente la arbitrariedad, la falta de cuidado y la falta de precisión del traductor. Con frecuencia se dan casos en los que cambia género, número y tiempo de las palabras. El texto de los LXX intercambia las expresiones sinónimas, destruyen las metáforas y transpone las palabras; y a menudo ofrece inexactitudes y falsas traducciones, lecturas erróneas del texto al que se alude. Así hallamos a menudo traducciones que son inexactas o falsas; y cuando no se entiende la palabra hebrea, aparece aparece simplemente transcrita con letras griegas, por ejemplo.

Hay ilustración copiosa de estos datos en Kueper, Wichelhaus y Graf, en los lugares citados de sus obras, y en mi *Leherbuch der Einleitung des AT* & 175. Siendo este el carácter de la versión alejandrina, carece de sentido buscar la recensión especial que ella habría utilizado. Así lo muestra justamente Hegstenberg, *Christologie* II, pág. 461. En esta traducción de los LXX resulta claro que la norma es la falta de cuidado, la ignorancia, la arbitrariedad y el empleo de traducciones falsas. Por eso, carece de sentido apoyarse en ese texto griego para comentar el libro de Jeremías.

Ninguno de aquellos que mantienen la teoría de que la traducción alejandrina se ha realizado a partir de una recensión especial del texto hebreo se ha

tomado el cuidado de investigar el carácter de esa traducción con minuciosidad, ni siquiera Ewald, aunque él se aventura a afirmar que la masa de pequeñas discrepancias existentes entre los LXX y el texto hebreo muestra cómo los manuscritos de este libro se diferenciaban unos de otros en el tiempo en que surgió la traducción de los LXX. Él afirma además que de un modo frecuente el texto original se conserva en los LXX, aunque añade este *caveat*: de todas formas, en muchos, e incluso en la mayoría de los casos, el traductor ha leído y traducido de un modo demasiado descuidado o, simplemente, se ha limitado a abreviar el texto de un modo arbitrario. Según eso, no podemos más que suscribir el juicio ofrecido por Graf al final de su examen de la traducción alejandrina de este libro:

Siendo innumerables las pruebas de autosuficiencia y de arbitrariedad por parte del traductor alejandrino, no se puede conceder a esta versión ninguna autoridad crítica –pues apenas puede llamarse traducción–, ni se pueden sacar a partir de ella conclusiones sobre la existencia de un texto hebreo que tendría una forma distinta de aquel que ha sido transmitido hasta nosotros.

Así debemos mantener esta postura en contra de intento de Nägelsbach que quiere explicar el diferente orden de las profecías contra las naciones extranjeras adoptado en los LXX a través de las discrepancias existentes entre las autoridades originales hebreas tal como se introduce en Jer 25, entre el verso 12 y el 14. Por su parte, los argumentos con los que Nägelsbach, igual que Movers y Hitzig, insisten en sus disertaciones sobre Jeremías en Lange, *Biblwerk*, pág. 13 y en la exposición sobre Jer 25, 12; 27, 1; 49, 34 y en la introducción a los capítulos 46-51, no son concluyentes y se apoyan sobre supuestos que son erróneos y totalmente ilegítimos.

En primer lugar, igual que Movers, Hitzig y otros, Nägelsbach piensa que Jer 25, 12-14 es una interpolación<sup>3</sup>, tomando de aquí una prueba de que el *Libro contra las naciones* debe haberse hallado en la vecindad inmediata de Jer 25. Aquí no podemos anticipar lo que diremos en el comentario, pero debemos insistir en el hecho de que los versos a los que allí alude no son prueba de lo que allí dice.

3. La diferencia en la colocación puede verse en la tabla que sigue:

<i>Septuaginta</i>		<i>Texto masorético</i>
Cap. 25, 15 ss.	Profecía contra Elam	Cap. 49, 34
26	Egipto	46
27 y 28	Babilonia	50 y 51
29, 1-7	Los filisteos	47, 1-7
29, 7-29	Edom	49 7-22
30, 1-5	Amón	49, 1-6
30, 6-11	Kedar	49, 28-33
30, 12-16	Damasco	49, 23-27
31	Moab	48
32		25, 15-38

Después de esto, el cap. 33-51 de los LXX corre paralelo con cap. 26-45 del texto masorético.

Para las razones que nos llevan a esta afirmación debemos referirnos al comentario de 25, 12-14. Además, Nägelsbach afirma que está probado que las profecías contra las naciones debieron haberse hallado en otro tiempo después del cap. 25, y antes del 27, por la expresión peculiar τὰ Αιλαμ al final del capítulo (en 25, 14, LXX), por la omisión de 27, 1 en LXX y por alguna fecha inesperada que aparece en 49, 34.

Pues bien, la fecha del comienzo del reinado de Sedecías en el encabezamiento de la profecía contra Elam (29, 34), que se encuentra no solo en el texto masorético sino también en la versión alejandrina (donde, sin embargo, aparece solo como *post scriptum* al final de la profecía en 25, 1) solo crea dificultad si se supone, erróneamente, que la profecía se refiere a la conquista de Elam por Nabucodonosor. Los otros dos argumentos, que se fundan en el τὰ Αιλαμ de 25, 13 y en la omisión del encabezamiento de 27, 1 (texto hebreo) en los LXX, solo se mantienen si se insiste en el presupuesto de que el traductor griego sigue fielmente el texto hebreo y lo traduce de un modo preciso y literal, cosa que es totalmente contraria a lo que suele hacer esta traducción, de principio a fin.

El encabezamiento de 27, 1 «al comienzo del reinado de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra del Señor a Jeremías diciendo...» coincide letra a letra con el encabezamiento de 26, 1, con la excepción de que en el segundo caso no aparecen las palabras «a Jeremías». Pues bien, el traductor griego ha omitido sin más el primer encabezamiento, suponiendo que es incorrecto, dado que la profecía pertenece al tiempo de Sedecías y se dirige a él. Por otra parte, el mismo traductor griego ha añadido la expresión τὰ Αιλαμ en la última cláusula de 25, 13 que Jeremías profetizó contra las naciones, pensando que esta cláusula era el encabezamiento de las profecías de Jeremías en contra de las naciones.

Así aparece en la expresión τὰ Αιλαμ, que ha de verse claramente como una imitación de ἐπὶ τὰ ἔθνη. Su intención era la de presentar el oráculo siguiente como si estuviera dirigido en contra de Elam. Pero él omitió en este lugar el título completo de la profecía contra Elam, porque le parecía una indicación muy poco apropiada para venir inmediatamente después del que, a su juicio, era un encabezamiento general de 25, 14: ἃ ἐπροφήτευσεν Ιερεμίας ἐπὶ τὰ ἔθνη; y por eso introdujo esa palabra al final de la profecía.

Resulta totalmente equivocado el suponer que el encabezamiento de 27, 1 (texto hebreo), omitido por los LXX, es solo un *post scriptum* a la profecía contra Elam (26, 1 en los LXX y 49, 34 en el texto hebreo), porque ese *post scriptum* suena así ἐν ἀρχῇ βασιλεύοντος Σεδεκιου τοῦ βασιλέως ἐγένετο κτλ (25, 20) y es una traducción literal del encabezamiento de 49, 1 del hebreo. Es de aquí, y no de 27, 1 (hebreo) de donde el traductor ha tomado de un modo manifiesto este *post scriptum* contra Elam. Y este *post scriptum* no ofrece, evidentemente, ningún tipo de prueba de que el texto original utilizado por el traductor griego de las profecías contra las naciones estuviera delante del cap. 27.

La visión que aquí estamos rechazando se encuentra finalmente viciada por el hecho de que no explica en modo alguno la razón por la que estas profecías se encuentran colocadas en los LXX después de 25, 13, sino que sugiere más bien que estaban colocadas entre Jer 26 y Jer 27, donde ciertamente no estuvieron nunca ni pudieron en modo alguno haber estado. Por lo que hemos dicho, quedará claro que la causa de la transposición de las profecías en contra de las naciones se encuentra solamente en la arbitrariedad con la que el traductor alejandrino maneja el texto hebreo.

Por lo que toca a la literatura sobre las profecías de Jeremías, véase mi *Leherbuch der Einleitung des AT*, pág 248. Además de los comentarios allí mencionados, han aparecido desde entonces: K. H. Graf, *Der Prophet Jeremia erklärt*, Leipzig 1862; C. W. E. Nägelsbach, *Der Prophet Jeremia theologisch-homiletisch bearbeitet*, en J. P. Lange, *Bibelwerke*, Bielefeld y Leipzig 1868.